

María José Zoilo Guzmán

¡Quién me mandaría casarme!



¡Quién me mandaría casarme!
María José Zoilo Guzmán

DEBOLSILLO

www.megustaleerebooks.com

Índice

¡Quién me mandaría casarme!
Antes de nada pido perdón
Sigo pidiendo perdón
El secreto de la felicidad
La importancia de un signo ortográfico
¿Quién pasea a quién?
Austacia
Ni tú eres Heidi ni yo soy Pedro
El peso de la pluma azul
Jamás estarás a salvo
Yo, mí, me, conmigo
¿Y dicen que la vida es un misterio?
Poeta al fin y al cabo
Mamíferos extraños
Al que nace para martillo...
Cada día lo tengo más claro
¿Y cómo diferenciar?
Prometer y no dar...
No cuesta nada
Para la convalecencia, un suplemento de vitaminas
Siempre escribiendo
Por favor, responde a esta pregunta
Tiene días
Pero ¿qué pretende Internet?
Me revienta...
La pulsera
Biografía
Créditos

En una convivencia todo puede recuperarse, menos el tiempo perdido.

ANTES DE NADA PIDO PERDÓN

QUIERO EMPEZAR PIDIENDO PERDÓN a todas aquellas personas que durante la promoción de mi anterior libro *No te alteres* me preguntaron cuál sería el título del siguiente. Yo les contesté muy segura que se llamaría *Teoría del aguante* y que trataría, como su mismo nombre indica, de lo que somos capaces de aguantar los seres humanos día tras día.

No mentí (lo juro por mi móvil). En ese momento decía la verdad, porque efectivamente ése era el que estaba escribiendo.

¿Qué ocurrió entonces? Pues que éste que hoy tienes en tus manos, se me coló en el pensamiento durante las firmas en las librerías del *No te alteres*.

¿Y por qué? Porque me resultó muy intrigante que un gran número de las personas que se acercaban para que se lo firmase, siempre me pidieran que se lo dedicara a su pareja para que «no se alterara».

Fueron tantas las que de «forma generosa y desprendida» pedían para el otro y tan pocas las que lo pedían para sí mismas, que no tuve más remedio que consultarle a mi almohada: si era verdad que al que se lo regalaban efectivamente era una persona que se angustiaba mucho, o, y aquí viene la gran cuestión:

¿Acaso se alteraba porque el que le ponía nervioso o nerviosa era precisamente aquel que le regalaba el libro? O sea (con acento pijo), ¿quién alteraba a quién?

Por ejemplo, llegó una chica joven muy simpática que me dijo:

—Por favor, aunque yo luego me lo lea, me gustaría que se lo dedicase a mi marido y le pusiera que no se enfade tanto conmigo cuando me voy a jugar al tenis. Es que una vez que estoy allí ya no me acuerdo de avisarlo y muchas veces se queda esperándome para comer.

Le dije que por supuesto, que sin ningún inconveniente. Pero también le indiqué que el libro costaba 10,82 euros y que una nota pegada en el frigorífico o en la entrada de la casa avisándolo de la tardanza o de la posible ausencia le salía completamente gratis, aparte claro está de ahorrarle un enfado inútil a su marido.

Otro señor, «quiero suponer» que para ahorrarme el trabajo de pensar (cosa que siempre es de agradecer en esos momentos), me traía la dedicatoria ya escrita para que yo «simplemente la transcribiese» (al menos así fue como me lo dijo él) y ponía:

Para Carmen Mari con mucho cariño. Léete este libro (mientras tu marido que es muy buena persona y no hace nada malo cuando se va con sus amigos) a ver si te sirve y dejas de ponerte como una fiera cuando llega por la noche.

Le dije que sí, que se lo escribiría gustosa, pero en vez de eso en realidad lo que puse fue:

Carmen Mari, ya sé que tu marido se va de juerga por las noches y eso te desespera. Es verdad que tiene cara de buena persona. Pero en vez de quedarte en casa leyéndote este libro, vete tú también con tus amigas y así el tiempo seguro que se te hará más corto y más divertido.

Al leer lo que yo había escrito en vez de lo que él había propuesto, me miró preocupado y exclamó:

—¡Pero, esto es muy peligroso porque ella nunca lo ha hecho! ¿Y si un día al salir conoce a alguien que le guste más que yo y me deja?

Entonces le contesté sin pensármelo dos veces (porque me lo había puesto tan a tiro, ¡que como para no disparar!):

—No te preocupes por eso, ¡pero ni lo más mínimo!, porque si empiezas a alterarte más de la cuenta no vas a tener ningún problema, ¡ninguno!

»Tu mujer comprará enseguida otro *No te alteres* y me dirá que te lo dedique a ti, para que no te pongas como una fiera cuando ella salga por las noches.

SIGO PIDIENDO PERDÓN

1. PORQUE A PESAR DE SER PSICÓLOGA no voy a dar soluciones fáciles (al menos a simple vista). En cambio, sí que vais a encontraros con muchas preguntas que espero os hagan pensar y cuestionaros planteamientos de formas de vida y convivencia que hasta ahora a lo mejor no os habíais hecho.

Y lo más importante de todo: me gustaría que al terminar de leerlo lleguéis a la plena convicción de que muchas veces queremos buscar soluciones cuando realmente no hay ningún problema que resolver. Al menos, no tan importantes como nosotros creemos.

Está claro que tenemos que hacer una clara división mental entre lo que es un verdadero problema y simplemente un «asunto» que solucionar. Muchas veces confundimos una cosa con la otra... Y no es lo mismo... ¡pero ni muchísimo menos!

2. Porque aunque yo sea una mujer no voy a ir en contra de los hombres. En las historias y anécdotas que voy a contarte unas veces el protagonista será un hombre y otras una mujer, pero lo mismo hubiera podido ocurrir al revés. Así que fijate en el mensaje que te quiero transmitir y no en el sexo que tienen los protagonistas, porque aquí no se va a hablar de géneros masculinos, femeninos, intermedios o los que queden por descubrir.

Por otro lado, si te soy sincera, me da igual a cuál de ellos pertenezcas, porque sólo me interesa que tengas una pareja a la que quieres pero que a veces, ¡o muchas veces!, «sus cosas» te «ponen de los nervios».

Éste es el único requisito que me hace falta para que te sientas identificado con lo que voy a decirte en este libro. Porque, en definitiva, de lo que voy a hablar es de las personas en general y de sus «peculiaridades» a la hora de convivir con alguien.

3. Porque seguiré sin usar términos raros o científicos, como hago siempre; es más, incluso en esta ocasión, utilizaré muchos vulgarismos porque para ciertos temas me vienen mejor.

Y como soy malagueña incluiré palabras típicas de mi ciudad (las explicaré para que las entienda todo el mundo).

También escribiré si es preciso algún «taco», pero sólo las primeras letras y luego

puntos suspensivos para que sea el lector el que las complete y mi buena educación no quede en entredicho, ni mi familia me retire el saludo.

4. Porque soy plenamente consciente de que la convivencia diaria es una tarea muy difícil de llevar a cabo. A veces echaré mano del humor en cuestiones muy serias.

Y pido perdón no sé por qué, porque en realidad como dice mi editora, no hay que pedir disculpas por «echarle humor a la convivencia».

Pero es que no quiero que nadie confunda buen humor con falta de seriedad por mi parte.

En mi consulta he aprendido que una buena broma en un momento tenso, es mejor que todas las terapias juntas.

Arrancarle una sonrisa a alguien que sufre es más hermoso que todas las puestas de sol que pueda ver en mi vida. ¡Y mira que son bonitas!

Aclarado este punto, seguimos. ¿Qué he dicho antes?, ¿que hace falta tener buen humor para poder convivir con alguien? Pues si es así me he quedado corta, en realidad lo que quería decir es que hace falta ¡MUCHO BUEN HUMOR! Sobre todo si no nos vamos a separar de nuestra pareja (aunque lo hayamos podido pensar en más de una ocasión).

Y es que, no sé tú, pero yo todavía no conozco a ninguna persona perteneciente al grupo de «superbordes-amargados-de la vida» que sea feliz o que haga feliz a alguien.

5. Porque a veces seré un poco cruel o cínica (o las dos cosas a la vez). Y no es porque sea mala ni nada parecido, es que de esta forma te espabilas antes, que de eso se trata ¿no?

De todas maneras, si no te gusta, ¿qué quieres que le haga si yo escribo de esta forma desde hace tiempo y ya hasta me gusta porque me he acostumbrado?... ¡Cómprate una novela la próxima vez! (Que no, que es broma, que soy buena, ya lo verás...)

6. Porque os haré recordar casi constantemente que vosotros tampoco sois perfectos.

¡No me lo puedo creer! ¡No me digas que tú también te habías comprado este libro pensando y creyendo firmemente que de los dos tú eres «guay» y «perita» y tu pareja «lo peor de lo peor»!

¡De eso nada, todos tenemos nuestras cosas buenas y nuestras cosas malas!

(aunque la verdad sea dicha, algunos más que otros).

7. Porque te dará rabia no haber pensado antes de actuar como los protagonistas de algunas historias que voy a contar. Si te das cuenta y lo piensas detenidamente, la mayoría de las veces, nos pasa lo que nos pasa por:

Hablar de lo que no debíamos, o por hacerlo a destiempo, o por hablar más de la cuenta, o menos de la cuenta, y sobre todo... ¡sobre todo!, POR CRITICAR MÁS QUE ELOGIAR.

8. Por cierto, aprovechando la ocasión, iba a pedir perdón a mi marido públicamente por lo mal que se lo hago pasar algunas veces.

Pero... cuando le he dado a leer esto me ha dicho que de «a veces» nada, que SIEMPRE. Es más, me ha pedido que lo ponga así: ¡SI-EM-PRE!. (Lo que no sabe el pobre es que por muchas cosas negativas que yo tenga... ¡MÁS TIENE ÉL!)

También me ha dicho que siendo el que hace las fotos para mis libros, nunca ha salido su nombre en los anteriores, y la lata que le doy con el ordenador...

Que si arréglame esto, que si ayúdame porque no sé usarlo y tú sí... pero ten cuidado de que no se me borre lo que llevo escrito...

Y quiere que se sepa que soy muy mandona, y muy pesada... En fin, qué le vamos a hacer, como hay que predicar con el ejemplo, aunque mi imagen quede deteriorada para siempre, aquí queda dicho.

Por cierto, hablando de mi imagen, no es por nada, pero en persona soy mucho más mona y por supuesto MUCHO MÁS DELGADA de lo que aparezco en las fotos y en la televisión. ¡Quede claro!

9. Y aunque nos llevemos divinamente y nos riamos mucho, también pido perdón desde aquí a mi editora, y sin embargo amiga, Cristina Armiñana. Es un encanto de persona y una profesional inmejorable. Y yo la pongo a veces al borde de la histeria.

El asunto por el cual se pone de esa forma: el formato, el cuerpo de letra y las cubiertas de mis libros, que tienen que salir siempre a mi gusto.

Y como no quiero que Cristina envejezca antes de tiempo por mi culpa, porque es un cielo... he sido muy, pero que muy buena. Para que me perdone en la medida de lo que su bondad le permita, he nombrado muchas veces mi libro *No te alteres* (de la supereditorial Grijalbo, a la cual tengo el gusto de pertenecer).

Y lo seguiré haciendo en otras ocasiones, por si alguien todavía no lo ha comprado, para que lo haga hoy mismo y así vendamos muchos más.

También hábilmente he citado *Teoría del aguante* y otro que tengo en proyecto y se llamará *Cartas a un psicólogo* (no sé cuál escribiré antes), o conociéndome como me conozco, lo mismo hago otro diferente.

Pero no importa, el lector ya se ha quedado con la información de que muy pronto saldrá otro libro, y que los puede ir coleccionando de ahora en adelante como antes se hacía con los cromos.

Con esto, la editorial tiene hecha casi la mitad de la promoción y se va a ahorrar un dinero gracias a mi ingeniosa y portentosa inteligencia comercial.

Por cierto, a esto que acabo de hacer no se le puede llamar publicidad subliminal (esa que no se nota). Más bien, es publicidad «por la cara».

Pero todo sea por «mi Cristi» (a ver qué escritor puede llamar así a su editor), y por mi piscina de agua mineral (que es lo que me gustaría comprarme con lo que gane escribiendo libros).

Por cierto, la piscina no iba a estar sola en medio del campo, claro está. Iría en el interior de un «pedazo de casa impresionante». La cual, evidentemente, haría juego con mi sencillez y elegancia personal.

10. Por último, quiero pedir perdón a todas aquellas personas que viven solas y no tienen pareja, porque aunque lo intente disimular, a veces... (¡qué a veces ni a veces!) ¡un montón de miles de veces!: ¡ME DAN UNA ENVIDIA TREMENDA! ¡TRE-MEN-DA!

Sé que muchas de ellas no estarán de acuerdo conmigo y querrían vivir con alguien. Sobre todo si piensan que es muy bonito llegar a casa y que haya una persona con la que compartir la vida y los problemas que ésta conlleva.

Por supuesto, si fuese así todo el mundo querría. Lo que pasa es que cuando se lleva algún tiempo viviendo con alguien, en numerosas ocasiones sólo se tiende a compartir (o a aumentar) los problemas y NO LA VIDA.

Por eso he escrito este libro, para que no sea verdad la anécdota que me contó el poeta y periodista malagueño Manuel Alcántara:

Cuando le preguntaron al también escritor y premio Nobel de Literatura Bernard Shaw:

—¿Cree usted que casarse en martes y trece da mala suerte?

Contestó:

—¿Y por qué el martes y trece tiene que ser una excepción?

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

DEBO SUPONER que si estás leyéndote este libro es porque eres lo suficientemente mayor como para tener pareja o al menos desear tenerla. O refunfuñar de la que tienes.

Si eres adulto para eso, digo yo que también sabrás a estas alturas que los Reyes Magos no son los que nos dijeron cuando éramos pequeños.

En mi caso, a no ser que me hayan mentido, me explicaron convincentemente que venían de Oriente y que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar...

¡Y ahora resulta que somos mi marido y yo los que tenemos que soltar una pasta todos los años en enero!

¡No es justo! ¡Si hubiera un Libro de Reclamaciones de la Vida empezaría por reclamar esta estafa emocional transmitida cruelmente de padres a hijos!

Tengo 40 años, soy psicóloga y aún no me he repuesto de la desilusión que me llevé al enterarme...

Luego me dijeron que el ratoncito Pérez me daría juguetes o dinero a cambio de mis dientecitos de leche. Ahora el dentista me cobra un dineral para que estén en condiciones todos mis dientes de marfil.

¿Es o no es otra cruel estafa de la vida digna de reclamación?

También todas las noches, cuando era pequeñita, miraba debajo de la cama por si había un ladrón o «el tío del saco».

Ahora lo único que puedo hacer es gastarme otra cuantiosa cantidad de dinero en una gruesa puerta blindada de seguridad.

Desconozco si en otras ciudades también se «amedrentaba» a los niños para que obedecieran o volvieran temprano a casa, con personajes malísimos (brujas... duendes...) los cuales siempre querían llevarse algo de nosotros con sus poderes mágicos: los juguetes, los sueños...

Lo que nunca podía haber imaginado mi corta e ingenua mente de niña (lo de corta e ingenua se refiere evidentemente a que era «pequeña», no que mi mente fuera así por mi condición femenina, que ya estoy harta de los chistes machistas que circulan por Internet) es que de mayor esto se hiciera de forma legal con la «excusa» de que Hacienda somos todos.

Ahora el «monstruo» a temer se llama «La declaración me ha salido a pagar».

Hay que aclarar o puntualizar que en mis tiempos éramos bastante más pánfilos y nos creíamos todo lo que nos decían. En la actualidad los personajes malos de los cuentos serían los que se asustaran de algunos jóvenes.

¡Sobre todo si los vieran los fines de semana!

Bueno, sigo con lo que te estaba diciendo que si no me pierdo... Si quieres y tienes tiempo, te puedo hablar de hadas, gnomos del bosque, de la gallina Caponata, Popeye, Locomotoro, Peter Pan, y de que Epi y Blas son vecinos míos.

Si me apuras, también te puedo dar la dirección exacta de la abuela de Caperucita y así la avisas de que no le abra la puerta al lobo...

Pero ya tienes la suficiente edad ¡creo yo! para darte cuenta de que EL SECRETO DE LA FELICIDAD... es eso... ¡UN SECRETO!

Sobre todo... ¿crees de verdad que si yo lo supiera (que no lo sé) lo iba a contar en un libro de unos pocos euros?

¡Venga, por favor, regresa a la realidad!

A lo más que puedo llegar en mi condición de psicóloga es a decirte que si conseguir LA FELICIDAD personal es ya de por sí una tarea muy difícil, si se vive en pareja la dificultad se multiplica... ¡Pero no es imposible!

Sólo hay que tener buenas dosis de paciencia... bajar las expectativas... no esperar que el otro «adivine» lo que queremos... y ponernos en su lugar muchas más veces de lo que lo hacemos.

Y sobre todo, intentar contestarnos sinceramente y «con el corazón en la mano» esta pregunta:

Si nosotros no somos perfectos... ¿por qué le exigimos a nuestra pareja que lo sea?

LA IMPORTANCIA DE UN SIGNO ORTOGRÁFICO

APROVECHO LA PUBLICACIÓN de este libro para pedir tu colaboración en la demostración de una hipótesis científica que estoy investigando desde hace tiempo.

Para este experimento, sólo tienes que leer con detenimiento y atención (o incluso cántala si te apetece) la letra de esta canción de Armando Manzanero:

ADORO

*Adoro la calle en que nos vimos,
la noche cuando nos conocimos.
Adoro las cosas que me dices,
nuestros ratos felices
los adoro vida mía.*

*Adoro la forma en que sonríes
y el modo en el que a veces me riñes.
adoro la seda de tus manos,
los besos que nos damos
los adoro vida mía.*

*Y me muero por tenerte junto a mí,
cerca, muy cerca de mí,
no separarme de ti.*

*Y es que eres mi existencia, mi sentir,
eres mi luna, eres mi sol,
eres mi noche de amor.*

*Adoro el brillo de tus ojos,
lo dulce que hay en tus labios rojos.
Adoro la forma en que me miras
y hasta cuando suspiras
yo te adoro, vida mía.*

Pues bien, la hipótesis que intento demostrar es que la culpa de cualquier crisis de pareja y el cambio de sentimientos entre dos personas no la tienen ni las circunstancias de la vida ni nada de lo que nos han hecho creer hasta ahora...

LA CULPA ES DE UN SIGNO ORTOGRÁFICO EN PARTICULAR: ¡LA INTERROGACIÓN!

Para que nadie dude de esta afirmación rotunda que acabo de formular, pido de nuevo tu inestimable colaboración, querido lector o lectora.

Vuelve a leer, por favor, la misma canción de antes, pero esta vez de la siguiente manera que corrobora totalmente mi teoría:

*¿Adoro la calle en que nos vimos?
¿La noche cuando nos conocimos?
¿Adoro las cosas que me dices?
¿Nuestros ratos felices?
¿Los adoro?, ¿vida mía?*

*¿Adoro la forma en que sonríes?
¿Y el modo en que a veces me riñes?
¿Adoro la seda de tus manos?
¿Los besos que nos damos?
¿Los adoro?, ¿vida mía?*

¿Y me muero por tenerte junto a mí? ...

Y así hasta el final de la canción.

MUCHAS GRACIAS POR COLABORAR CON LA CIENCIA.

¿QUIÉN PASEA A QUIÉN?

TENGO UNA AMIGA que de cuerpo es muy «poquita cosa» como ella misma dice (como buena persona es enorme). Pues bien, hace unos años le regalaron un perro más grande que un pony y un poquito más pequeño que un caballo percherón.

Total, que cada vez que lo pasea la escena es como para no perderse ni un detalle: perro con bozal y correa y alguien que se le supone detrás. Ese alguien es mi amiga con el brazo «supermegahiper» extendido, una sonrisa angelical mezclada con una respiración «tirando a asfixiada» mientras medio corre tratando de ir a la par de su perro.

Cada vez que la veo en esa situación, me dice jadeando: «¡Hola, ya ves, aquí estoy, paseando a *Fito* como siempre!». (He de aclarar que el «hola» me lo dice a mi nivel, el resto de la frase lo va diciendo mientras se aleja calle abajo corriendo intentando ir al paso de *Fito*.)

Yo siempre pienso: ¿quién pasea a quién?

Pues bien, esta escena me viene que ni pintada para explicar que en una pareja no siempre manda el que parece a simple vista.

Me explico, hay personas que creen ser «los amos o los dueños» del otro (igual que mi amiga cree que ella es la que «manda»), pero en realidad es «el otro» el que lleva la relación y las decisiones. ¡Y esto tiene un gran mérito!

Para que comprendáis en toda su amplitud el alcance y consecuencias de «esta extraña habilidad», pondré un ejemplo totalmente cercano a la realidad:

—¿Dónde vamos?

—Donde tú digas, cariño.

—Vale, pues entonces vamos al cine.

—¿Al cine? ¡Qué buena idea has tenido! Lo malo es que no me he traído las gafas de lejos y no voy a ver nada, pero si tú quieres ir...

—No, ¡de ninguna manera! ¿Cómo vamos a ir al cine si no puedes ver la película?

—Bueno, como tú quieras. ¿Qué hacemos entonces?

—Pues podíamos ir a darnos un paseo por la playa y luego nos tomamos algo por ahí.

—Me encantaría, pero es que me he levantado con el estómago fatal. No te he

dicho nada para no preocuparte, pero si quieres te acompaño y mientras tú comes yo me tomo una manzanilla.

—¡Pues menudo plan, yo comiendo y tú mirando...! La verdad es que si te encuentras mal, nos volvemos para casa que tampoco pasa nada. Si quieres, alquilamos una película y me pido una pizza por teléfono.

—Bueno... vale... Por cierto..., me acabo de acordar de que mi hermana llamó esta tarde para el cumpleaños del niño. Dice que ha encargado la tarta de chocolate y nata porque es la que más te gusta.

—¿Te gustaría ir?

—Como quieras, no te lo había dicho antes porque sé que no te gustan esos jaleos, pero ya que eres tú el que dices de ir, pues vamos y así me tomo allí la manzanilla.

Por supuesto, está clarísimo que DESDE EL PRINCIPIO el punto de destino de esa tarde era la casa de su hermana. Y... ¡prueba conseguida!

¿Es o no es un mérito la habilidad de este tipo de personas para parecer que el que decide es el otro?

Normalmente, quien convive con alguien así (de «mando oculto» como le llamo yo) tiene la sensación de tener totalmente el control de su casa y de la relación (al igual que mi amiga cree que es ella la que pasea a *Fito*).

Si alguien les hiciera ver que no es así, no lo creerían. Nos damos cuenta los demás desde fuera, pero no podemos ni debemos hacer nada al respecto.

Porque... al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros para romper esa deliciosa relación en la que seguramente habrá mucha más armonía que en otra en la que los dos o uno de ellos quiera llevar «la voz cantante» a costa de fuertes discusiones?

Por cierto, en tu casa... ¿quién pasea a quién?

Y por cierto también, ¿y qué más da?

¡Si lo verdaderamente importante es que paseéis!

AUSTACIA

ESTA PALABRA NO EXISTE. Me la he inventado yo y es la mezcla de *astucia* y *audacia*, que es lo que hay que tener en esta vida para llevarse bien con todo el mundo sin dejar de hacer lo que queremos o debemos hacer.

El capítulo anterior es una buena muestra de ello. Por cierto, también podemos encontrar otro claro ejemplo de *austacia* (aplicada esta vez a la convivencia entre dos personas que discuten a menudo) en la página 44 del libro *No te alteres*, en el capítulo titulado: «Yo la teoría me la sé».

Habrás notado el lector y mi editorial que de nuevo, como quien no quiere la cosa, lo he vuelto a nombrar. Y encima, le he añadido «un toque» de curiosidad para incitar una vez más a que el que no lo tenga se lo compre.

¡Si es que lo que no sabemos los psicólogos...!

Bueno, pues *austacia* es una cualidad difícil de aprender para algunos, mientras que otros nacen ya con ella en los genes. Una vez más, la vida nos demuestra que las desigualdades empiezan en el principio de nuestra existencia.

Pues bien, para los que no tuvieron la suerte de nacer con *austacia*, voy a intentar explicarla lo mejor que pueda.

En general, para que nos hagamos una idea bien clara de su significado, es algo así como cuando decimos de alguien:

«¡Mira, ya ha conseguido otra vez lo que quería!», o bien: «¡Ése sí que sabe vivir!» o «¡No sé cómo lo hace, pero tiene a su pareja la mar de feliz y no se enfada por nada, en cambio yo me paso todo el día discutiendo...!».

La palabra *austacia* es la combinación de siete elementos o ingredientes. Y no estaría nada mal que procuráramos llevarlos a la práctica (a ser posible todos los días):

Lo primero de todo sería observar con detenimiento todos los puntos de nuestra pareja (tanto los débiles como los fuertes) para entenderla mejor y sobre todo para aumentarle la seguridad en nosotros y en ella. Es decir, si incrementamos la autoestima de la persona que está a nuestro lado siempre querrá estar con nosotros.

Lo segundo es fomentar el control de las emociones negativas para no mostrar nuestro enfado hasta que no estemos lo suficientemente calmados y así podamos

aprovechar cualquier otro momento mejor para expresar lo que queremos, sentimos o necesitamos de la otra persona.

Lo tercero será entender de una vez por todas que las discusiones subidas de tono casi nunca sirven para nada.

Cuarto: un buen diálogo es aquel que se hace estando relajado para poder razonar y hacer ver a la otra parte que nuestra auténtica y única intención es buscar verdaderas soluciones y no herir como último fin.

Quinto: es lógico pensar que una exposición sosegada de nuestros argumentos sobre el problema que estemos debatiendo seguramente dará mejores frutos que una retahíla de insultos que no conducen nada más que a hacer daño gratuitamente.

Sexto: las peleas no hay que ganarlas. Es mil veces mejor que haya empate, porque así no habrá vencedores ni vencidos.

Y séptimo: aprender de una vez por todas que discutir no es lo mismo que gritar.

No estamos en la guardería peleándonos por una goma de borrar con la forma de un osito y un «babi» de rayas.

Ya no podemos decir: ¡Dame eso, o se lo digo a «la seño»! La «seño» ya no está para poner orden ni para establecer justicia (como mucho estará tu suegra).

Ahora somos nosotros los que debemos actuar como verdaderos adultos y dejarnos de desperdiciar nuestra energía tontamente.

Ya no nos castigan sin recreo. Ahora quien nos pone «de cara a la pared durante la clase» es nuestro cuerpo, y ¡hace bien! Primero, porque manda sobre nosotros y segundo, porque al final, siendo el que menos culpa tiene, es el que paga las consecuencias de nuestros malos ratos.

Por eso nos pasa factura con el único poder que tiene sobre nuestra mente: la enfermedad.

Yo creo firmemente que esto lo hace (el que nos pongamos malos) para que mientras nos duele la cabeza o la úlcera, se nos quiten las ganas de discutir como colegiales y empecemos a comportarnos como hombres y mujeres, hechos y derechos.

¡Que ya va siendo hora!

Y por si en tu caso aún no es así y todavía estás anclado a tu pupitre de parvulitos... Empezaremos hoy con la primera clase de este curso tan particular llamado Vida. Por

cierto, es el único en el que no podemos «repetir». Sólo nos dan una única oportunidad y hay que aprovecharla.

¡Así que venga!, aplícate bien a ver si consigues sacar buena nota o al menos aprobarlo:

Lección para hoy:

Palabras que empiecen por A:

¡Austacia!

¡Muy bien, ahora repitámosla todos muy despacito!:

A-US-TA-CI-A.

NI TÚ ERES HEIDI NI YO SOY PEDRO

CON ESTE TÍTULO quiero expresar muchos de los conceptos que vas a encontrar en este libro:

1. Por ejemplo, que no todo el mundo es como aparenta ser.
2. Que nos comportamos según con quien estemos y sobre todo según cómo nos encontremos de ánimo.
3. Que al principio de cualquier relación siempre intentamos mostrar lo mejor de nosotros. Pero a medida que bajamos la guardia también salen a la luz los aspectos más negativos de nuestra personalidad. Por eso sería conveniente que esperásemos un poco antes de emitir un juicio sobre «quien» acabamos de conocer y que nos ha parecido en principio maravilloso.
4. Y que cuando alguien «descubre» por fin esos aspectos negativos de la otra persona y se dice: «bueno sí, esto no me gusta, pero ya se lo cambiaré» corre el riesgo no sólo de que no cambie sino de que incluso vaya a peor y sea una relación futura desastrosa.
5. Que la vida es muy difícil, ser feliz aún más y ¡qué más quisiéramos nosotros que vivir en la montaña nevada comiendo queso fresco como Heidi y Pedro! (Por cierto, me acabo de acordar que yo hice una Heidi de fieltro cuando estaba en el colegio, ¡en mi vida he cosido tanto como esa vez! Menos mal que me pusieron un sobresaliente.)
6. Que una poesía no vale menos que un brillante.
7. Que es fácil buscar personas ideales, lo difícil es encontrarlas.
8. Que cada uno ama como es: el que es egoísta amará egoístamente, el generoso amará de la misma forma y el que es una mala persona no amará a nadie.
9. Que no podemos compararnos con otras parejas por muy felices que parezcan o te digan que son. ¡Hay cada sorpresa cuando cada uno cierra la puerta de su casa!
10. Que no hay padre, madre, hermano, amigo, vecino ni compañero perfecto... pero piensa también que las cosas imperfectas a veces son las más humanas.
11. Que sólo a través de la convivencia podemos conocer la verdadera esencia de una persona. ¡Y a veces ni eso!
12. Que antes de irnos a vivir con nuestra pareja, deberíamos pensárnoslo

detenidamente porque es muy fácil mezclar arena de dos colores pero qué difícil es separarla después.

13. Que cuando se lleva tiempo con alguien es mejor descubrir lo poco que pueda unir que lo mucho que pueda diferenciar.

14. Que no somos tontos del todo y por tanto podemos aprender que siempre hay edad para querer y que cada mañana amanece con excusas nuevas para seguir amando.

15. Que miremos siempre hacia adelante y sacudamos, como si fuese una alfombra, todos esos años descoloridos con sombras, que hayamos podido vivir anteriormente. Y hasta si puede ser, que nos perdonemos lo imperdonable, para alcanzar así lo que nos parecía tan difícil: vivir sin odios ni rencores con la persona que duerme (roncando) a nuestro lado.

EL PESO DE LA PLUMA AZUL

A VECES NOS IRRITAMOS por reacciones que juzgamos exageradas de nuestro prójimo. Hacemos un pequeño comentario, una broma y he aquí que la persona llora o se vuelve demasiado agresiva con nosotros.

Una leyenda del desierto cuenta la historia de un hombre que iba a trasladarse a otro oasis y comenzó a cargar su camello. Colocó las alfombras, los utensilios de cocina, los baúles de ropas y el camello aguantaba todo. Cuando estaba a punto de partir, se acordó de una linda pluma azul que su padre le había regalado. La fue a buscar y la colocó encima del camello. En ese momento, el animal no soportó el peso y cayó muerto. «Mi camello no aguantó el peso de una pluma», debe de haber pensado el hombre.

A veces juzgamos de la misma manera a nuestro prójimo, sin entender que nuestra broma puede haber sido la gota de agua que desbordó el vaso del sufrimiento.

PAULO COELHO

La leyenda que cuenta este conocido escritor brasileño nos enseña que cuando alguien «salta» de forma desproporcionada tras haberle hecho algún gesto o comentario (aunque sea sin mala intención por nuestra parte), es que esa persona seguro que lleva ya mucho aguantado y ése era su límite. Aunque nosotros no lo supiéramos.

Esto puede pasar en cualquier contexto: en el trabajo, en reuniones familiares, con amigos...

Ocurre principalmente porque estamos sobrecargados, y cuando alguien está así, su capacidad de aguante disminuye de forma considerable. Si a esa sobrecarga le añadimos otra... y otra... la persona se encuentra tan estresada que un comentario que en otro momento no tomaría en cuenta, ahora le parece algo ofensivo y de mal gusto.

En la convivencia diaria tampoco es que haya que esforzarse mucho para que el estrés aumente de forma espontánea, ¡son demasiadas cosas las que llevar al mismo tiempo!

Por tanto, sería muy sensato y sano por nuestra parte no añadir más leña al fuego. Sobre todo sin necesidad:

Comentarios a destiempo..., esa «bromita pesada» que repetimos una y otra vez simplemente para fastidiar un poquito..., recalcar siempre los fallos antes que los

aciertos..., las conversaciones privadas contadas en medio de una reunión sin venir a cuento..., la risita o la mirada despectiva que podamos lanzar en un momento dado a nuestra pareja...

¿Para qué sirven? ¿Acaso nos sentimos bien cuando nos lo hacen a nosotros?

Por tanto, de ahora en adelante piensa antes de hablar o como dijo el cura: «o calla para siempre». Es una recomendación fabulosa ¡te aseguro que te ahorrarás muchas «meteduras de pata» discusiones y sobre todo no añadirás más sufrimiento al que ya tienes de sobra.

Haz que tu mente hiperactiva y con tantas ganas de crítica y bromas de las que no hacen ninguna gracia... se vuelva cómoda y así seguro que vivirás más... CÓMODA... MENTE.

Y si a pesar de todo lo que te he dicho, quieres seguir hiriendo a los demás con tus «numeritos»... vas a hacer una cosa de ahora en adelante... Te vas a mirar al espejo, te vas a fijar bien en tu cara y así vas a tener motivos más que suficientes para estar riéndote por lo menos una semana.

JAMÁS ESTARÁS A SALVO

NO ES POR ASUSTAR NI NADA PARECIDO, pero si da la casualidad de que este libro lo está leyendo ahora mismo alguien que vive solo y que tanto por la edad o por sus circunstancias cree que se ha librado de enamorarse de alguien y por tanto de convivir en pareja, ¡va listo o lista!

Jamás se está a salvo de que aparezca la persona que acapare nuestro cuarto de baño.

Para este capítulo me he permitido incluir un relato corto que escribí hace tiempo y que viene de perlas para «demostrar» lo que acabo de decir.

Se llama «Le advierto» y es una nota en un folio color sepia que un señor deja en la esquina de un banco de un parque dirigida a... bueno, mejor la leen:

Yo nací en Macael, como el mármol, de ahí la dureza de mi corazón. Nunca quise entrar en la espiral de los sentimientos. Por eso no sé qué es lo que me está pasando.

Sea lo que sea ahí está, despertándome cada mañana como un pesado ruiseñor en la ventana y me pregunto si será algo pasajero o me durará para siempre.

Esta rara sensación está claro que no goza de buena educación, pues no ha respetado mis años ni mis canas.

Ha entrado en mí sin pedir permiso, como si yo fuese su casa... y si le exijo respeto a este estado de confusión, se burla aún más, haciendo que me comporte como no tengo costumbre.

Soy un hombre serio, siempre lo he sido, por eso es lógico que no entienda nada de lo que me está ocurriendo.

Me he ganado a pulso la fama de huraño y solitario. Muchos «desencuentros» hacen falta para tales calificativos y no estoy dispuesto a convertirme en otra cosa si puedo evitarlo. Porque a mí me apetece seguir viviendo como hasta ahora: alejado de las complicaciones y de los quebraderos de cabeza.

No me han gustado nunca las puestas de sol ni me han enternecido los niños. Me molestan las fiestas y odio las celebraciones.

En cambio, lo que siempre me ha encantado es estar solo y pasear los días fríos de

invierno porque así hay menos bullicio y, por tanto, menos gente a la que tener que saludar.

Es más, no fue por casualidad que me haya ganado la vida haciendo crucigramas para periódicos y revistas de gran prestigio nacional... lo hacía primero porque me gustaba y segundo porque me pasaba las tardes cruzando palabras... pero con nadie.

No soy simpático ni nunca lo he sido. Lo sé. Mi hermana, que también está soltera, dice que no recuerda un solo día en el que me haya visto sonreír.

Cuenta incluso que nuestra madre, preocupada por mi mal carácter, me llevó un día de pequeño al médico por si me pasaba algo. La respuesta que le dio es que él tenía un gato que era menos arisco que yo.

Por eso, desde aquella tarde (hace ahora dos meses, tres semanas y cinco días) en la que usted tuvo la desfachatez de sentarse a mi lado en el parque a interrumpir mi apreciada tranquilidad con su sonrisa, no soy una persona cabal.

Estoy en un continuo estado de idiotez y me parece, señora mía, que no es justo. Había otros muchos bancos en los que poder sentarse, para tener que hacerlo precisamente en el mío. No sé por qué tuvo que venir a darme conversación. Yo no se la pedí.

Ha cambiado mis costumbres y a eso no tenía usted derecho. Yo solía pasear después de la siesta, pero como usted lo hace después de comer «para no engordar», ahora no puedo dormir. ¡A ciertas edades no se puede ser tan coqueta, señora!

Por eso, le advierto seriamente que como a mí esto no se me pase, voy a tener que tomar medidas, porque no tengo ninguna necesidad a estas alturas de que se me ponga el cuerpo como se me pone cada vez que la veo hablar con el militar retirado.

Que no es por nada, pero a pesar de ser los dos del mismo año, es evidente que él está mucho más avejentado y menos ágil que yo.

Si tengo que admitir algún día que ya no puedo vivir sin usted... vale, podré hacerlo. ¡Siempre he tenido una gran entereza!

Pero que no pueda disimular el estremecimiento que me produce el roce de sus manos cuando se sienta en el banco... que se me ponga la cara de tonto que se me pone cuando me habla... que me sorprenda a mí mismo inventando historias para entretenerla más tiempo a mi lado...

Que me tiemblen las piernas cada vez que la veo acercarse..., que desee con total impaciencia que pasen pronto las horas para poder verla de nuevo..., que me parezca el ser más hermoso que hayan visto mis ojos..., que me haya tenido que comprar trajes nuevos, ¡con lo que soy yo para el dinero!...

Y que movido por esa sensación inexplicable que me provoca su sola presencia, haya saltado la verja del parque para coger unas flores, me haya pillado el guardia y me vea en comisaría por negarme a entregárselas a alguien que no fuera usted...

¡Eso no! ¡Eso sí que no!

YO, MÍ, ME, CONMIGO

AL NOMBRAR ANTES AL ESCRITOR PAULO COELHO, me ha venido a la cabeza una pequeña historia que aparece en su libro *Maktub* y que sirve para ilustrar lo que quiero decir con el título «Yo, mí, me, conmigo» de este capítulo:

Antes de partir hacia un largo viaje, el comerciante fue a despedirse de su mujer.
—Nunca me has dado un regalo que esté a mi altura —dijo ella.
—Mujer ingrata, todo lo que te he dado me costó años de trabajo —respondió el comerciante—. ¿Qué más te podría dar?
—Algo que sea tan bello como yo.
Durante dos años, la mujer esperó su regalo. Finalmente el marido regresó.
—Conseguí encontrar algo tan bello como tú —dijo él—. Lloré ante tu ingratitud, pero decidí cumplir tu deseo. He pasado todo este tiempo pensando qué regalo sería tan bello como tú y al final acabé encontrándolo.
Y le ofreció a su mujer un pequeño espejo.

Uno de mis chistes preferidos también viene que ni pintado para este capítulo:

Se encuentran dos amigos en la playa y después de estar un rato hablando, uno de ellos dice:
—Mira, en vez de estar aquí al sol, con el calor que hace, por qué no nos sentamos en el chiringuito y de paso nos tomamos unas cervezas y unas almejitas, ¿vale?
—Sí, estupendo. ¡Vamos!
El camarero les sirve lo que querían. De pronto, el que había propuesto ir al bar se da cuenta de que mientras él había estado hablando, su amigo se había comido casi toda la ración de almejas. Un poco molesto le dice:
—Oye, tío... ¡que a mí también me gustan!
Y el amigo le contesta:
—¿Más que a mí? ¿Más que a mí?

Y es que existen personas (porque por lo visto en este mundo tiene que haber de todo) que son el colmo del egocentrismo.

Sólo piensan en ellas mismas y creen que todos los demás han nacido única y exclusivamente para satisfacer sus necesidades de atención, logro, gusto, poder, superioridad, narcisismo...

Son egoístas y sólo viven para ellos mismos. Se aprovechan de todo lo que pueden y encima ni se dan cuenta, o si se dan, no les importa.

¿Y todo esto lo exigen a cambio de...? ¡NADA! Sencillamente porque «se lo

merecen».

Lo más curioso es que esto ocurre desde el principio de los tiempos.

Servidora (que se ve todos los documentales sobre naturaleza que aparecen en televisión) ha llegado a las siguientes cuestiones:

¿Qué especie animal mandarían a su pareja a semejantes peticiones de vanidad, tal y como hizo la mujer del comerciante?

¿Qué clase de amigo se come toda la ración?

¿Realmente somos animales racionales?

¿Con qué pensamos muchas veces?

¿Por qué los vanidosos son siempre ingratos?

¿Por qué permitimos que los egoístas se lleven siempre la mejor parte?

¿Cómo se las ingenian estos «soplagaitas» para tener siempre a su lado a alguien que los aguante y satisfaga todas sus demandas?

¿Por qué se sienten superiores? ¡SI NO LO SON!

¿Por qué cuanto más se desvive su pareja por complacerlos, menos la valoran?

¿E incluso a veces hasta la desprecian?

¿Quién les ha dicho que se crean «el ombligo del mundo»?

¿Cuánto tiempo falta todavía para que se conviertan en una especie en extinción?

Etc., etc.

Por cierto, la historia de la mujer del comerciante debe de ser muy antigua o que me perdone el autor de la misma, ¡el marido era muy torpe!, porque si esto ocurriese hoy en día, él no tenía por qué haber tardado tanto en encontrar la solución:

A la mañana siguiente, recién levantada y sin maquillar, la lleva a un fotomatón, la sienta en la silla, echa las cortinillas, pone el dinero que indique la máquina y en unos minutos hubiera tenido unas cuantas fotos ¡la mar de «favorecida»! y no se habría tenido que entretener en comprarle ningún espejo.

¿Y DICEN QUE LA VIDA ES UN MISTERIO?

LA HORA EXACTA Y EL DÍA DE LA CREACIÓN del universo... El genoma humano... La mutación de los virus... Habrá o no habrá vida en otras galaxias... La composición verdadera de lo que nos comemos... ¡Tonterías!

Nada de eso es comparable al misterio que yo misma presencié en mi consulta hace algunos años. Y para el que aún hoy no he encontrado respuesta:

Llevaba algunas sesiones tratando a un señor bien parecido, alto, educado, trabajador y sensible.

Su problema era que su mujer no quería acostarse con él. De hecho, llevaban ya dos años sin tener ningún tipo de relaciones sexuales y él no quería serle infiel bajo ningún concepto, porque la quería profundamente.

Le dije que lo ideal sería que ella viniese a la consulta, pero cada vez que él se lo pedía ella se negaba sistemáticamente diciéndole de muy malas maneras que no estaba loca y que por tanto no tenía por qué ir a ningún psicólogo.

Así pasamos algunas semanas más. Durante las sesiones él me hablaba maravillas de su mujer y de su fuerte deseo hacia ella a pesar de sus desprecios.

Yo estaba ansiosa de curiosidad por conocer a esa señora de la que tanto había oído hablar y por saber cuál era el secreto de su gran poder de seducción sin ni siquiera sexo de por medio.

De pronto, un día inesperadamente me llama ella a mí y dice que va a venir a la consulta pero sólo una vez (¡una vez!, que me quedara muy claro, dijo con voz tajante y que lo hacía para que su marido no se lo pidiera más).

¡Bien!, pensé, por fin iba a ver a la «diosa del amor». Expectante esperé a las cinco de la tarde, que era la hora a la que la cité.

Efectivamente, a las cinco en punto, mes de julio, con un «terralazo» fuera ¡que no veas! (terral: viento del desierto que provoca un calor asfixiante y bajadas de tensión en Málaga de vez en cuando), pero dentro de la consulta se estaba la mar de bien por el aire acondicionado.

Bueno, sigo... Toca el timbre y le abro yo misma la puerta.

Ante mí me encuentro con una mujer (por llamarla de alguna manera) con el brazo levantado con una camiseta celeste de mangas a la sisa, con una mancha de sudor que le llegaba a la barriga y la axila sin depilar en toda la vida.

Su brazo levantado señala al aire acondicionado (por eso lo he nombrado antes; si algún mal pensado ha creído que lo hacía por «fardar» se habrá «pegado» un corte... porque a mí en cuanto a modestia... ¡no me gana nadie!) y dice enérgica:

—Tú eres María José, ¿no? —Afirmo con la cabeza porque me había quedado sin palabras y dice más enérgica aún—: ¡Pues ya estás quitando el aparato ese del frío, que toda la vida de Dios ha hecho mucho calor en Málaga y ahora a todos los «majaronos» (evidentemente a mí me incluía también) les ha dado por poner estas cosas que no sirven nada más que para ponerse mala de la garganta después!

Acto seguido se sienta en la silla con su falda marrón y sus piernas a juego con las axilas, es decir, sin depilar pero con los pelos aún más fuertes todavía (un estilo a Macario, el muñeco de José Luis Moreno).

Y sigue hablando con el brazo y la mano derecha sin dejar de dar vuelta «pa cá», vuelta «pa yá» y «palmetadas» de vez en cuando en su pierna cuando quería poner más énfasis aún a lo que me estaba diciendo:

—Mira María José, te voy a decir por qué no me acuesto con mi marido —y me mira a los ojos y me lo dice muy despacio y remarcando cada sílaba—: ¡porque no me da la real gana! Y si se quiere separar que se separe. Y hazme el favor de decirle que no se ponga más pesado con lo mismo, que ya me tiene muy harta.

Le pregunto que si en casa él es diferente a como se muestra en la calle y me dice muy orgullosa que mejor que su marido no había ninguno, pero que ella ya no tenía ganas de sexo y que eso es lo que había.

Que el problema no era suyo, sino de su marido. Ella dormía la mar de a gusto. Que se tomara él alguna medicina o lo que fuera para que se le pasara la «calentura» y así se zanjaría el tema de una vez.

De verdad que hice lo increíble por convencerla de que ésa no era la solución, pero no hubo manera. Era un muro infranqueable.

Por más que la miraba no daba crédito a lo que veía (quien haya visto la película *Matilda* puede hacerse una idea. Era igualita a la directora mala del colegio). El físico no es importante, todos lo sabemos. Pero el descuido físico sí.

Lo que más me intrigaba era lo que aquel hombre podía ver en esa mujer más basta que una transfusión de pan rallado y más egoísta que un preadolescente mimado.

Y que conste que no he exagerado lo más mínimo. Es más, casi diría que me he quedado corta. Es verdad eso de que la realidad supera a veces la ficción.

Él siguió viniendo a la consulta y yo seguí preguntándome cada vez que lo veía:
¿Y dicen que la vida es un misterio?

POETA AL FIN Y AL CABO

PAULO COELHO DICE:

Escribo siempre y considero muy importante escribir. Si pudiera dar un consejo, le diría a todo el mundo: escriba. Sea una carta, un diario o algunas anotaciones mientras habla por teléfono, pero escriba.

Si quiere entender mejor su papel en el mundo, escriba. Procure colocar su alma por escrito, aunque nadie lo lea; o lo que es peor, aunque alguien termine leyendo lo que usted no quería. El simple hecho de escribir nos ayuda a organizar el pensamiento y ver con claridad lo que nos rodea. Un papel y una pluma operan milagros: curan dolores, consolidan sueños, llevan y traen la esperanza perdida.

La palabra tiene poder. La palabra escrita lo tiene aún más.

Federico García Lorca y Gabriel García Márquez escribían para que la gente los quisiera.

Hay muchas personas (conocidas o anónimas) que son grandes escritores y poetas y que escriben. Y lo hacen muy bien. Aunque nadie los lea.

Por eso me siento una privilegiada por poder publicar siempre mis ideas y pensamientos sobre la vida, la psicología y lo que más me apasiona: la mente y el comportamiento de las personas en general (no sólo cuando vienen a consulta).

En un programa de televisión comenté que estaba haciendo este libro y mi amiga Isabel tuvo la gentileza de enviarme este relato que encaja perfectamente con la «filosofía» y el mensaje que os quiero transmitir:

A MI DULCE PACO DE SU DESCASTADA ISABEL

Mira tú por dónde, Paco, me encuentro pegada con fixo en la mirilla de la puerta una nota que dice:

«DIME QUE ME QUIERES»

II CERTAMEN DE DECLARACIONES DE AMOR
(Área de Cultura, Ayuntamiento de Málaga)

Niña: las bases del concurso te las dejo en la mesita de la entrada. Escribe.

Sin parar de darle vueltas al pensamiento, creo yo y se me figura, que no puede ser

otro más que tú. Que por no hablar claro, como tienes por costumbre, lo has dejado ahí como si tal cosa... para recibir más de mi cariño.

Por sí o por no, me he decidido a enviarla, como hago siempre que puedo y me entero de algún certamen literario. Esta vez te has enterado tú antes. Ya me lo echarás en cara, cuando me queje de que no te preocupas por mis cosas.

Como siempre también, intento cumplimentar todas las bases, aunque como de costumbre, ha sido el niño quien lo ha pasado a ordenador.

Ya te he comentado mil veces que mi padre no ganaba para cuadernos de caligrafía. Así que en mi castizo andaluz y como si estuviera hablándote, comienzo así por mi parte:

TÍTULO: *A mi dulce Paco, de su descastada Isabel*

Tengo que reconocer que en parte tienes razón, Paco, no soy una mujer empalagosa en besos, ni demuestro lo que siento. Recuerdo que el mejor regalo de amor te lo hice cuando llevábamos tres años de novios. Tú estabas haciendo la mili en Madrid y te mandé una lata de dos kilos de mortadela de ternera y una caja con media docena de brazos de gitano acabaditos de hacer.

Sé que no era un regalo muy refinado, pero aquello lo celebraste tú como si de un día de fiesta se tratase. Podría hacer lo mismo ahora, pero no debo aumentar tu colesterol, quiero cuidarte.

Paco, en mi inocencia, o en mi «maldad», me gustaría pensar que esa nota que has dejado en realidad significa que a estas alturas de nuestro matrimonio me estás pidiendo «solapadamente» una carta de amor.

Pues bien, Paco, mi amor está más que demostrado. Son veintidós años poniéndote todo hecho y por delante.

Recuerda que antes de casarme, fui a tu casa varias tardes, para que tu madre me diera las recetas de cocina y no notases el cambio.

No soy la mujer ideal. Si he de ser sincera, la raya de los pantalones no la hago en condiciones. Pero sabes de sobra que no me gustan a mí las perfecciones.

Por estar contigo, me adapté a las necesidades del momento. Muchas sopas de sobre, agüita de la fuente y poca, muy poquita carne.

También me enseñaron las monjas a remendar y a zurcir como nadie lo hace hoy en día.

Luego, de recién casados, ¡la de giras que hicimos!, todas en tercera clase. Y los

viajes largos, en autobuses llenos de soldados, con las ventanillas cerradas, sin aire acondicionado, fumando todos a destajo y con bocadillos preparados de antemano.

Aunque para hacer justicia contigo, tengo que reconocer que el sobre con el dinero del mes, siempre me lo entregabas cerrado.

Y era yo quien lo administraba y dejaba algo en tus manos para tus pocos derroches.

Tres varones hemos tenido, como tres luceros grandes. ¡Cómo pasa el tiempo, Paco!, el mayor ya va para veinte años y el del medio para diecisiete. Menos mal que «apareció» el pequeño y con sus cinco añitos nos ha hecho rejuvenecer.

Tienen tus mismos ojos, tu nariz, tu boca, y hasta el «secreto» que entre los muslos guardas, lo tienen igual de grande. El único defectillo, ya veremos si lo sacan, es la calva.

¿Y las crisis, niño? ¡Lo bien que hemos superado nosotros las crisis! No como otros, que se matan vivos.... ¡Qué a gusto nos hemos quedado después de decirnos todo lo que mutuamente pensábamos!

Por cierto, aprovecho la ocasión para recordarte que me revienta cuando te estoy hablando que, al terminar, me vuelvas al principio de la conversación diciendo que no puedes estar atento porque vienes cansado del trabajo.

¿Tú cómo crees que se llama lo que yo hago durante todo el día en la casa para atenderte a ti y a los niños?

Tampoco es que me siente muy bien cuando saludas a alguien en la calle y no me presentas, quedando como una idiota el rato que dura la charla. Por cierto, yo quedaré como una idiota, pero tú quedas como un maleducado...

Y no sé cómo me aguanto cuando venimos del pediatra o de cualquier otro médico y empiezas a reajustar las dosis del medicamento y el horario de las mismas a tu manera y según te funcione la memoria. ¡Si tú no sabes nada de medicina!

Más cosas de ti, querido Paco, que me destrozan los nervios, aunque tú no te des cuenta:

Cuando entras en la casa y vas directo al televisor y sin avisar cambias el canal que todos estábamos viendo.

Cuando me dices a todo lo que te consulto que te da igual y ¡luego no te da!

Cuando me convences para ir al campo y lo hago sin ninguna gana, ¡maldita sea!, para luego dejarme sola el rato que buscas bonsáis y al tiempo de meternos en el coche para regresar, con la cara hasta las rodillas, dices que hubiera sido un día estupendo de playa.

Cuando te apropias de mis logros... que aunque no sean muchos... ¡son míos!

Cuando le dices al chico que se vista y lo repites una y otra vez para que yo te oiga, sabiendo que el niño no alcanza al armario, ni tiene autonomía aún para vestirse solo.

Cuando te aconsejo que llames a alguien para preguntar por su salud y no explicas que la llamada también es mía...

Y... ¡en fin!... ya que me he quedado nueva con esta exposición de amor desinteresado, te recuerdo y lo sabes bien, que soy poeta, Paco, de pijama, bata y zapatillas. Poeta que no se arregla (perdona que te lo repita otra vez) por tener siempre entre manos un trajín de casa. Pero Paco, poeta al fin y al cabo.

Por eso, a pesar de lo poco «poético» que es tu nombre, con mi mala letra, con mi falta de estudios sobre las rimas, pero con un corazón tremendo, no lo dudes más.

Te recito con todo el cariño del mundo:

QUERERTE

*Quererte Paco,
con la incongruencia loca del amor demente,
durante el tiempo eterno que duran las horas
en un reloj sin manillas.*

*Quererte Paco,
con las dulces palabras colmadas de sentimiento y ternura
de un poema escrito, para aprender de memoria
en papel con tinta china.*

*Quererte Paco,
con la fragancia y frescura de la montaña preñada
que al parir llegado el día, alumbra aguas caudalosas
bañando la enorme llanura.*

*Y cuando me falten las fuerzas para quererte:
¡Bésame Paco!... cuando me falten las fuerzas.*

Con Dios y expresiones se despide tu mujer de siempre y que te quiere por encima de todo: Isabel.

ISABEL PAVÓN VERGARA

MAMÍFEROS EXTRAÑOS

LA VERDAD es que el ser humano es un mamífero un tanto raro.

Ya he dicho antes que me encantan los documentales sobre animales y naturaleza. Con ellos aprendo mucho sobre psicología.

Por ejemplo que los animales no se complican tanto la vida como nosotros. Sólo necesitan para estar «felices» y tranquilos agua, comida y descanso. Y esto lo transmiten de padres a hijos. No pagan hipotecas ni sus cachorros les hacen la vida imposible. No tienen médicos ni psicólogos. Simplemente viven.

Por eso creo que si es verdad que el hombre procede del mono, ¿cómo es posible que el resto de los monos que hay sobre la tierra no hayan evolucionado todavía? ¡Muy sencillo! Se han dado cuenta de cómo vivimos actualmente y han preferido quedarse como eran en un principio.

Pues bien, si ya de por sí en líneas generales somos tan extraños que hasta nuestros antepasados primates no quieren ni parecerse a nosotros...

¿Qué podemos pensar de estas «especies peculiares» del género humano que voy a nombrar a continuación?

PACHORRAS: personas que desesperan a los que tienen a su alrededor con su exagerada y extrema lentitud, impuntualidad, informalidad e inmutabilidad ante lo que ocurra o pueda ocurrir por su cachaza.

Ejemplo de comportamiento en un miembro de esta especie: se casa a las seis de la tarde, son las cinco y media y está viendo tranquilamente la televisión sin vestir, mientras todos los familiares que están en su casa se hallan al borde del infarto.

PEJIGUERAS: dícese de aquellos o de aquellas a los que nada, ¡pero absolutamente nada!, les viene bien. También sacan de quicio a cuantos le rodean, porque continuamente se están quejando de algo.

Ejemplos de frases que suelen emplear: «al estofado le falta sal», «el arroz está un poco pasado», «en este restaurante hay mucha gente, seguro que no nos van a atender bien», «este tinte que me has echado no me queda igual que la otra vez que me lo pusiste»...

TIQUISMIQUIS: especie parecida al «pejiguera», pero con un toque de cursilería tal que cansa al más pintado.

Curiosamente, a lo largo de toda su vida les pasan las calamidades que tanto temen:

Si hay algún pelo suelto por ahí, les caerá en su plato.

La taza rota les tocará a ellos ¡seguro!

Se sentarán en la silla que no esté bien ajustada...

TOLLOS: el máximo exponente de la torpeza llevado a su grado más extremo. No hay forma humana de que hagan algo bien. Justamente para ellos se hizo el refrán: «Se ahoga en un vaso de agua».

Tienen una especie parecida: MANAZAS. La diferencia entre uno y otro es que el tollo no hace nada y el manazas lo hace, pero mejor que no lo hubiera hecho.

CANDILLOS DE PUERTA AJENA: alegres, simpáticos, amables, generosos, serviciales... ¡pero ojo! Este comportamiento lo tienen única y exclusivamente cuando acaban de traspasar hacia fuera la puerta de su casa.

Dentro, no hay quien los soporte.

CUAJAOS: una mezcla entre «tollos» y «lacios». Es como si vivieran en otro mundo, porque no se enteran de nada de lo que les has dicho. Es como si tuvieran la tensión baja a todas horas del día.

MATAILUSIONES: tienen la extraña habilidad de que cuando les estás contando algo que te entusiasma y ya te has propuesto hacerlo, le buscan todos los inconvenientes y desventajas habidos y por haber.

Al terminar de hablar con ellos, ya no tienes ganas de hacer nada.

POCACORREAS: son aquellos que enseguida se enfadan por lo más insignificante, no aguantan nada y hay que andarse con mucho ojo y tiento para no molestarlos, casi siempre van con el ceño fruncido y viven enfadados la mayor parte del día. La gente por detrás, aparte de comentar la poca correa que tienen, intentan evitarlos.

SUAVONES: son los que tiran la piedra y esconden el brazo, te sonríen mientras se están acordando de toda tu familia, y parece que nunca han roto un plato cuando en realidad ya se han cargado toda la vajilla. Nunca los verás venir de frente y te dirán

siempre lo que quieres oír. Particularmente es una de las especies que menos soporto y me encanta desenmascararlos.

Existen muchas más especies de mamíferos extraños.

Si tienes la «suerte» de vivir con alguno de ellos o incluso con alguna especie aún peor, ¿qué haces a su lado todavía?

Y si eres tú uno de ellos, ¿qué haces que no cambias ya? ¿No ves que corres el peligro de que te dejen de un momento a otro?

AL QUE NACE PARA MARTILLO...

SEGÚN ESTE REFRÁN TAN CONOCIDO «Al que nace para martillo del cielo le lloverán los clavos», y no niego que en muchas ocasiones sea totalmente cierto, pero... ¿cómo podemos saber que somos o no un martillo, para tener que conformarnos siempre con semejante lluvia?

Es más, incluso aunque lo fuésemos efectivamente, siempre podríamos fabricarnos un paraguas de acero, por ejemplo, para que rebotaran.

En fin, lo que quiero decir con esto es que no siempre es sensato mantener algo que no es bueno para nosotros. Si después de haber puesto todo nuestro empeño, esfuerzo y parte del alma en construir algo, este algo no merece la pena, debemos darnos una oportunidad y orientar nuestra vida hacia otro lado.

Aunque mi mayor interés es que seas feliz con tu pareja, tampoco quiero que seas un mártir si compruebas que es imposible.

El relato que viene a continuación tiene para mí mucha importancia. Me gustaría que lo leyeras con detenimiento y atención, porque en él están sumergidas muchas sensaciones.

Así que olvídate por unos instantes de quién eres y vive la vida de este escritor que he inventado para ti. Y con el que estoy segura de que muchas personas se van a identificar en algún momento.

En su día, le puse el título de «¿Ganador o perdedor?» pero tú si quieres, puedes ponerle el que más te apetezca. Espero que te guste:

¿GANADOR O PERDEDOR?

Siempre igual, es como ver la misma película cientos de veces. Cada vez que le entrego un trabajo nuevo a mi editor, sin que aún se lo haya leído, me dice a gritos:

—¡Calidad literaria!, ¡calidad literaria!

Pero mira por donde, nunca le da por exigirse a sí mismo un poco de calidad humana, que buena falta le hace.

Yo soy un escritor, y eso supone muchas horas y mucho esfuerzo para crear algo de la nada.

Yo trabajo con palabras, mejor dicho, con juegos de palabras y dependiendo de cuáles elija, haré algo genial, mediocre o rematadamente malo.

Por eso, me enferma cuando dice (lanzando esa ridícula sonrisa que pone cada vez que pretende ser simpático):

—Pero si ahora con el ordenador escribir es facilísimo, cualquiera puede hacer un libro en tres ratos...

Pienso para mis «adentros»:

¿Y si es tan fácil por qué no lo haces tú, ¡pedazo de imbécil!, en vez de mandar tanto?, porque para lo poco que pagas, más me valdría haberle hecho caso a mi madre aunque sólo fuera en esta ocasión y haber hecho las oposiciones...

Y digo para mis «afueras»:

—Sí, tienes razón, la verdad es que ahora es mucho más fácil escribir que antes. Cuando lo lees si algo no te gusta, ya sabes, lo cambio y ya está. Los lectores y tú sois los que mandáis. Lo importante es vender.

Luego vuelvo a casa, arrastrando a la par mi sombra y mi autoestima y de nuevo lo mismo de siempre:

Tal como estoy abriendo la puerta, sin haber podido dar aún las buenas tardes y sin llegar a entrar todavía en el salón, me encuentro a mi mujer y a mi hijo cantando a dúo la canción de mi vida:

Que si han llegado estas facturas..., que si hace falta comprar esto y lo otro..., que si a ver si pides un anticipo que ya no me queda dinero..., que por qué no buscas un trabajo fijo..., que si la vecina se ha comprado un piso nuevo..., que si no salimos nunca..., que si el niño no estudia y nada más que piensa en las motos..., que si ha llamado tu madre muy enfadada porque dice que no la llamas nunca y que parece mentira con todo lo que ella se ha sacrificado por ti...

En esos momentos cierro los ojos de mi mente y todas las llaves que me conectan al exterior e imagino esas películas maravillosas:

En ellas aparecen escritores sentados frente a una playa en invierno dentro de una casa con chimenea. Están rodeados únicamente por el silencio y el murmullo del mar.

Miran por la ventana la lluvia que cae dulcemente, y entonces esperan tranquilos y confiados la llegada de la inspiración con una taza de té caliente en la mano...

El codazo de mi mujer me devuelve rápido a la realidad:

—¿Qué te pasa? ¡Desde luego, hijo mío, pareces tonto!, ¡estás sonriendo!... ¡Espero que no sea porque te parece gracioso lo que te estoy diciendo, porque a mí no

me hace ninguna gracia! Claro, como tú eres un «intelectual» y te crees que estás por encima de estas cuestiones...

Le pregunto con verdadera inocencia si es que le va a venir la regla y entonces me mira con los ojos inyectados en odio y empieza a llorar desconsoladamente. Ahora ya sé seguro que está con «el mes», ¡pero cualquiera se atreve a decírselo! Se enfadaría aún más. Lo tengo comprobado.

La escena desde luego no tiene desperdicio: ella con el delantal en el que pone con letras grandes: «SOY UN CARAMELITO», la espumadera en una mano y el paño de cocina en la otra.

Yo, abrazándola para calmarla, tratando de disculparme (aunque no sepa muy bien qué es lo que he hecho de malo) y al mismo tiempo intentando que no se me metan los rulos en un ojo.

Mi hijo tumbado en el sofá como siempre (con una postura semejante al que se acaba de caer de un helicóptero), con los auriculares puestos y mirándome de arriba abajo, como diciendo: «Jo, tío, qué borde eres, mira lo que le has hecho a mamá».

Es tan vago que no va ni a «la movida». Lleva dos años repitiendo el mismo curso y aun así no aprueba ni el recreo. Tampoco sé por qué me asombro, ¿qué puedo esperar de alguien que aprieta más fuerte los botones del mando a distancia cuando tiene pocas pilas?

A todo esto, yo ya debería estar acostumbrado a estas escenas, de tanto como se repiten. Pero soy tan ingenuo, o mejor dicho ¡tan imbécil!, que pienso que mi llegada a casa siempre va a ser diferente.

Y ya puestos a ser sinceros, a veces también pienso que de escritor nada, que lo que soy es un simple desgraciado, cargado de imaginación.

Mi vida está llena de tópicos: escritor mediocre, mujer insatisfecha, hijo egoísta, economía ajustada, madre exigente y demasiados deseos incumplidos.

Además, como he hecho tantas cosas que no quería hacer, ya no me quedan fuerzas para hacer lo que quiero.

Por eso, al levantarme cada mañana, tengo que esforzarme en encontrar un poco de ilusión, aunque me la tenga que inventar como a los personajes de mis novelas. Lo importante es que me dé fuerzas para seguir. A veces lo consigo y otras me levanto simplemente y hago las cosas como si fuese un autómatas.

No lo he dicho aún, pero yo trabajo de noche, y no es porque me sienta más inspirado a esas horas, es porque así puedo ponerme en la mesa nueva del salón con

el ordenador portátil sin que mi mujer venga cada dos por tres a asegurarse de que no la he rayado.

Y también, por qué no, todo hay que decirlo, porque de vez en cuando me meto en Internet y me alegro la vista con las fotos de mi modelo favorita. Que no voy a decir quién es porque no admito críticas sobre ella.

Sé que no es la más guapa, que las hay mejores, pero a mí me gusta porque su mirada es dulce y con eso me basta.

En esos momentos de soledad elegida me siento dueño absoluto de mi destino. El resto del tiempo también me encuentro solo, pero no me siento dueño de nada (ni siquiera de mí mismo) porque estoy rodeado de gente que me ordena, me juzga, me critica y me presiona.

No recibo ni un ápice de cariño de nadie. Antes lo echaba de menos, ahora ni siquiera eso. En lo que más me repercute es en que a veces no logro controlar las lágrimas cuando voy por la calle y si alguien me pregunta, ya me he acostumbrado a decir que tengo alergia y así me da menos apuro.

En el fondo mi editor tiene razón, últimamente no valgo para mucho, pero es que no sé cómo se me va a ocurrir algo que tenga calidad literaria, si ni siquiera tengo un poco de calidad de vida.

Por cierto, siempre he pensado que la calidad de vida de una persona se mide por el número de llamadas que le hacen y por la petición que hay en las mismas.

Me explico: una persona que recibe llamadas amables de amigos y familiares que la invitan a tomar algo o simplemente para charlar, no es lo mismo que otra que sólo recibe peticiones de los atrasos en las facturas, recriminaciones y el encargo del pan para cenar. O sea, yo.

Si lo pienso detenidamente, vivo dos vidas paralelas y completamente distintas entre sí:

Durante el día tengo un cuerpo al cual no trato como debiera y demasiadas ideas alteradas que me hacen pensar que nada de lo que me rodea tiene sentido. En cambio, durante la noche el silencio se convierte en mi amigo, mis pensamientos se vuelven apacibles y mi imaginación se transforma en mi amante.

Aunque claro, de pronto, un ronquido de mi mujer me devuelve, como siempre, a la realidad. Ella tiene esa «virtud». Sabe ponerme muy bien los pies en el suelo.

No sé cómo nos las ingeniamos, pero nada de lo que hay en mi casa es agradable.

Si tengo que ir al baño, tengo que pasar forzosamente por la puerta de la habitación de mi hijo, «el inquilino», como lo llamo yo. Esto no tendría ninguna importancia si

no fuera porque de ella emana un olor indescriptible y por supuesto nauseabundo, tirando a cuadra (será hijo mío, pero ¡qué asco me da a veces!). Espero ansioso que se eche novia para ver si así mejora en algo su aseo personal.

Por cierto, nuestra relación más que de padre e hijo, es de banco a cliente. No recuerdo en mucho tiempo una frase en la que el tema principal no consista en la petición de dinero. Por supuesto, sea lo que sea de lo que estemos hablando, él lo termina con la palabra moto.

Mi madre, aunque no viva con nosotros, también está del todo integrada en la familia. Llama constantemente con tres temas inamovibles: sus enfermedades, cómo me va el trabajo (sobre todo por el temor que siente a que me vaya mal y le tenga que pedir dinero) y repetirme hasta la saciedad lo mucho que ella se ha sacrificado por mí.

Por cierto, no sé por qué, pero se me ha ocurrido escribir una novela que en realidad es mi patética vida traducida a letras. (A lo mejor es porque lo triste, por escrito, siempre parece más bonito.)

La tengo muy adelantada, tanto que como siga así me va a dar tiempo a presentarla al mejor concurso literario que existe ahora mismo.

El premio está valorado en quinientos mil euros libres de impuestos, y a otros no sé, pero a mí eso me resolvería la vida, ¡y de qué modo!

Lo malo es que mi editor no para de darme la lata para que le haga la cuarta entrega de *Flores del paraíso* que todo lo tiene cursi. Hasta el nombre. Pero los críticos la han calificado de «novela intimista» y se vende bastante bien (sobre todo comparada con otras que he hecho y que se han quedado para vestir santos en las estanterías).

Casi sin darme cuenta, han pasado dos meses. Se me acaba el plazo y no logro encontrar un buen desenlace para mi libro, y el final, no es por nada, es lo que da la verdadera esencia a una novela.

Después de dos cafés y una copa de coñac, me he armado de valor y lo he comentado hoy con toda mi familia, aprovechando el cumpleaños del «niño».

Les he preguntado en medio de todo el alboroto si me arriesgo a presentarla al premio, dedicándole el poco tiempo que me queda para poder entregarla y pierdo entonces el dinero que me da mi editor por la novela cursi.

Ha sido al unísono, como el «cumpleaños feliz»:

—¿Estás loco, cómo vas a perder lo único seguro que entra en la casa, para participar en algo donde van todos los grandes escritores? Y además, ya deberías

saber que esos concursos siempre están amañados y se lo dan a algún famoso para que les compense el dinero del premio...

Grandes... famosos... Estaba claro, para mi familia yo era pequeño y desconocido. Lo dicho, un mediocre...

Ellos siempre actúan así: me quitan la ilusión incluso de las cosas más sencillas y me la cambian por miedo.

Sentí vergüenza de mí mismo y de mi vida, pero aun así, decidí acabar mi novela y la envié sin decirle nada a nadie.

Es la primera vez que hago algo sin el «permiso» de mi familia. Pero esta vez lo que me jugaba era demasiado importante.

Además, me he dado cuenta de que yo podré ser una persona poco interesante, como ellos dicen, pero tengo muy claro que nunca dejaré de interesarme por las cosas. Y esto me interesaba mucho.

Meses después, una de esas mañanas en las que no encontraba ningún motivo para levantarme, sonó el teléfono y habló un ángel (en realidad era una secretaria un poco pava pero a mí me sonó a música celestial). Lo que dijo antes y después no lo sé, porque en mi cabeza sólo se oía una y otra vez:

—Ha sido usted el ganador, ha ganado el premio...

Y aquí estoy, vestido de rigurosa etiqueta en la cena previa a la entrega del cheque, rodeado por todos los medios de comunicación.

Toda mi familia está comiendo en la mesa redonda más grande que he visto en mi vida y los comentarios que llevo escuchando a lo largo de toda la noche son como los que siguen:

—Cariño, ¿lo ves?, ¡yo siempre supe que triunfarías! Te lo he dicho muchas veces, sobre todo en los momentos en que te desmoralizabas y no querías seguir escribiendo. Menos mal que te convencí, si no nada de esto te estaría pasando. El libro lo habrás escrito tú, pero sin mi apoyo no hubieras llegado hasta aquí... bla, bla, bla...

Yo la miraba pensando: ¿apoyo, qué apoyo? Si sólo habla a través de reproches y no me lanza ni una palabra amable desde hace años...

—Hijo, espero que te des cuenta de que gracias a todo lo que me he sacrificado por ti durante toda mi vida, hoy estás donde estás. Si no llega a ser por mí... ¡que me he quitado el pan de la boca! para darte una buena educación... bla, bla, bla...

Y se lo creerá de tanto repetirlo..., ¡pero si mis estudios los pagué con las becas y

si encontraba algún trabajo tenía que dar el sueldo en casa, y eso que dinero teníamos! Su tacañería nos ha hecho vivir siempre como pobres.

Yo creo que por eso la dejó mi padre. Estaría harto de tanta comida congelada de marcas desconocidas a punto de caducar porque eran más baratas...

—Ahora que te vas a hacer rico y famoso espero que no te olvides de los amigos... para eso he sido tu editor durante tanto tiempo y al fin y al cabo he sido el único que te ha apoyado cuando no eras nadie...

Sí claro, y cuando me encontraba apurado de dinero y te pedía algún adelanto protestabas y me lo echabas en cara constantemente delante de cualquiera y siempre presionando con prisas...

—Papá, ahora que vas a cobrar «pelas» me comprarás la moto más cara, ¿no?...

De mi hijo... de ese tirano egoísta que no me ha dado nada más que problemas, y ninguna, ¡ninguna! satisfacción, es que prefiero no hablar.

Un amigo mío siempre decía que nunca había que invertir en nada que comiera, porque siempre sería una mala inversión. Y al final va a resultar que no le faltaba razón.

Así que, con el triste y repetido panorama que me rodeaba, cuando subí a recoger el premio y los periodistas empezaron a disparar con sus cámaras, dos gruesas lágrimas resbalaron por mi cara.

Todo el mundo supuso que era de la emoción. Sólo yo sabía realmente por qué lloraba.

Ya dije antes que mi vida estaba llena de tópicos: escritor famoso, sin amigos, familia desestructurada, economía resuelta, algunos sueños cumplidos... y realidades que no cambiarán nunca.

Pero también he dicho que un buen final es lo que le da la verdadera esencia a una novela.

Así que..., seis meses después..., aquí estoy, en una casa preciosa en la playa acompañado de aquella modelo de mis sueños, ¿se acuerdan? ¡La de Internet!

Me la presentaron en la entrega del premio y ¡había leído todas mis novelas! (por cierto, al natural es muchísimo más guapa).

Y miro tranquilo al mar mientras tomo una taza de té caliente y oigo la lluvia caer suavemente por la ventana.

¿O es que acaso no merezco yo un buen final en la novela de mi vida? ¡Pues, eso!

Aunque crean que no, a veces me acuerdo de mi... ¿familia? y de forma muy, pero que muy literaria pienso:
¡Anda y que les den!

CADA DÍA LO TENGO MÁS CLARO

EN MI PRÓXIMA VIDA, si puedo elegir, quiero ser una «Super-ideal-superficial de alucine total que no veas». ¿Por qué? Muy sencillo. Primero contaré la escena que me llevó a la total confirmación de este deseo:

Mes de agosto. Mi marido me pide ir un rato a la playa para que estemos juntos. Llegamos y no había hamacas. No importa. Todo sea por pasar la tarde en plan «tortolitos».

Nos vamos lo más cerca de la orilla que podemos y junto a nosotros hay un grupo de madres «superpijas» con sus respectivos hijos (todos ellos lindísimos, por cierto). Las edades de los siete niños oscilaban de un año y medio hasta los cinco o seis más o menos.

Ser pijo no es ni bueno ni malo. Es una opción más en la vida de las múltiples que hay. Cuando yo nombro a alguien con la categoría de «pijo» (que por cierto, lo hago muchas veces) me estoy refiriendo única y exclusivamente al tipo de personas que mide y valora a los demás por el cargo que tienen en la vida, por su dinero, por la apariencia...

En definitiva sólo se preocupan del estatus social y económico de ellos mismos y de los demás, pero nunca se interesan por el estatus personal y humano.

Sólo les importa la fachada, nunca el interior. Y aunque amablemente hablen con «ciudadanos de menor categoría», en el fondo siempre se sienten superiores a ellos.

Bueno, pues las cuatro madres de la playa eran de este tipo. Estaban sentadas dos enfrente de las otras dos y entre los «o sea», los «super», los «ideal de la muerte», los «divinamente» y los «fijate» (con sonido gutural en la *j*) la única conversación que tuvieron durante ¡CUATRO HORAS! fue: las tonalidades de las mechas y el color del vestido que iban a comprarse para la boda de una amiga común.

No es que yo tuviera el «oído pegado» a lo que decían, es que aunque se las dieran de muy «finas» el tono que usaban para hablar era excesivamente alto.

Tampoco me podía cambiar de sitio porque no quedaba ningún hueco más ni en la arena... ni en el mar.

Pues bien, mientras las señoras hablaban largo y tendido de tan «interesantes temas»... sus hijos... se pegaban... se caían... el más pequeño de todos se «bebía» el

protector solar factor 15 (que ninguna les puso en el tiempo que estuvieron allí y tenían los hombros y la carita como un tomate).

Eso sí, los niños tenían unos gorros «ideales» y por supuesto de marca, pero claro... diseminados por la arena. No se dignaron ponérselos para evitarles una posible insolación (aunque creo que era porque ni se habían fijado en que no lo llevaban puestos).

El más inquieto no hacía otra cosa que irse para la orilla y yo, como una verdadera idiota, iba, lo cogía de la mano y lo ponía cerca de la madre.

Aproveché y les puse el gorro a todos (ellas ni se enteraron). De camino recogí y tiré las latas de refresco que al igual que los gorros también estaban por la arena.

Lo hice porque con eso hay que tener mucho cuidado (las abejas y las avispa se meten dentro y si uno le da un sorbo, pues ¡imagínense! Aprovecho la ocasión para avisar de este peligro y que todo el mundo tape las latas cuando no las estén usando).

Mientras me dirigía a mi toalla, el más pequeño se dio un golpe con el cubito de playa. Claro, el pobre estaría «borracho perdido» (no olvidemos que se había bebido el bote entero de protección solar) y se hizo una herida en el labio. A pesar de que fue a la madre correspondiente («o sea», la suya), ésta no le hizo el menor caso.

Como los niños son muy listos, se dirigió entonces a la «vigilanta de la playa» («o sea», yo).

Lo curé y lo consolé mientras su progenitora decía no sé qué, de color verde pradera, ¡verde pradera! (Que me perdone quien sea, ¡pero qué ganas me entraron de darle una torta!)

De pronto, el más mayorcito, que andaba «agobiando» a otro, va y tira un puñado de arena.

Se equivoca en la trayectoria del lanzamiento y cae toda la arena (¡tenían que haber sido piedras!) sobre el grupo de madres.

Y... chatatachán... una de ellas se levanta, lo coge del brazo, lo sienta en la colchoneta de plástico y le dice...

—¡Tú te lo has buscado! ¡Te castigo!: ¡PONTE A PENSAR!

¡Lo único que me faltaba por oír esa tarde! Muy fuerte, ¡pensar era un castigo!

Y el chiquillo decía: «¿Y en qué pienso?» y la madre le contestaba: «En lo que sea... ¡pero piensa!».

El día de mañana ese crío tendrá que ir al psicólogo seguro, porque... cada vez que «piense»... ¿qué pensará?, que está haciéndolo porque ha hecho algo malo, ¿no? ¡Vamos, como para volverse loco!

Menos mal que, al momento, todas a la vez dijeron: «¡Venga chicos, a merendar!» y entonces sacaron de sus pijos bolsos unos pasteles de bollería industrial recalentados de darle el sol todo el día y se lo ofrecieron de forma muy maternal y diciendo como si fuesen madres obsesionadas por la buena nutrición de sus hijos... «¡No dejéis nada de nada!»

La verdad es que se lo comieron todo, no sé si por hambre o para que no los pusieran... ya saben... «a pensar».

Al rato de la «suculenta» merienda se fueron.

Y a todo esto, ¿qué tiene que ver lo que acabo de contar con el tema de este libro?

¡Ah! Sí..., porque mientras yo hacía como siempre de salvadora del planeta Tierra, mi marido, aburrido de que no le hiciera caso, se había quedado dormido en la toalla.

¿Y CÓMO DIFERENCIAR?

EXISTE UNA ENORME DIFERENCIA entre una pareja que está atravesando una crisis y dos personas que ya no tienen nada que decirse. En el primer caso sigue habiendo amor y en el fondo los dos desean superar las dificultades y seguir juntos (aunque mientras dure la crisis no se puedan ni ver de lo mal que se caen mutuamente). En el segundo caso, es decir, cuando ya no existe nada, o lo negativo supera con creces a lo positivo, es mejor decir con todo el respeto del mundo: «Tú por tu camino y yo por el mío», porque cuando la indiferencia emocional aparece ya no hay nada que hacer.

Acabar una relación negativa es mejor que conformarnos con esto de... «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Debemos concedernos el derecho a empezar una nueva vida y que vuelva a nosotros lo que teníamos perdido: la ilusión o la tranquilidad (o las dos cosas juntas).

Y todo lo que yo diga aquí, sobra, porque en nuestro interior, todos sabemos muy bien cuando se ha terminado una relación para siempre. Engañarnos y engañar a la otra parte es absurdo e injusto.

Obligar a alguien a estar con nosotros si no quiere, es de juzgado de guardia (nunca mejor dicho).

Debemos aceptar y respetar que esa persona que ha sido nuestra pareja, ya no quiere serlo por mucho que nos pueda doler. La clase y la educación se demuestran en circunstancias como ésta.

No te compliques más la vida y recuerda la frase: «Cuando es que no, es que no. Y además es imposible».

Y ahora seguimos con el tema que me interesa tratar: personas que se quieren, pero que discuten a menudo y se repiten interiormente (o a voces) el título de este libro, *¡Quién me mandaría casarme!*

Los temas de discusión pueden ser múltiples y variados y en cada casa se le da prioridad a uno u otro según la escala de valores que tengan.

Por generalizar un poco, nombraré los más comunes:

La falta de entendimiento o diálogo. Los hijos (sobre todo si son conflictivos o tienen algún problema). Las familias políticas. La excesiva dedicación de uno de los dos a algo en concreto.

El egoísmo. Las mentiras. La desidia. Los malos modos. La ingratitud. La pesadez. La informalidad. Echar las culpas de todo lo que no salga bien. La falta de paciencia.

Las quejas continuas. La falta de puntualidad. Querer llevar siempre la razón. Resaltar sólo los fallos. Echar en cara hechos pasados. No dar las gracias. Pedir más. Estar siempre insatisfecho.

Las salidas con los amigos. El exceso de gasto económico. Dejar toda la responsabilidad sólo en un miembro de la pareja. La ausencia de sexo. La falta de detalles y atenciones.

Dejar encendidas las luces. La tacañería de uno de ellos (si lo son los dos, se les llama ahorradores). Engancharse a Internet horas y horas.

Comprar todos los objetos de la «teletienda» y tenerlos guardados bajo la cama. Pasarse todo el día viendo series de televisión. Que te pillen las facturas de todas las llamadas a esos números que empiezan por 906...

Como verás, la lista tiende al infinito y lo verdaderamente curioso es que la mayoría de las veces no se discute por temas serios. La mayor parte del tiempo que pasamos en «combate» lo hacemos por un montón de tonterías.

En fin, motivos no faltan, pero... ¿de verdad que merecen la pena?

De todas formas, si me dan a elegir siempre me parecerá más sano discutir que no hacerlo. Así nos «recordaremos» las cosas y quiénes somos cada uno y a qué familia pertenecemos y no nos pasará entonces lo que vi una vez en un chiste del gran humorista Quino.

Lo voy a describir y aunque no sea lo mismo contarlo que verlo dibujado, al menos sirve para quedarse con la idea:

En la viñeta se ven un hombre y una mujer muy mayores, de más de ochenta y pico de años. Los dos están sentados en un sofá orejero, uno frente al otro con las manitas cogidas, la mantita echada por las piernas y mirándose fijamente y él le dice a ella:

—No vayas a ofenderte, Elvira, pero... ¿nosotros éramos amigos, parientes, esposos o qué?

PROMETER Y NO DAR...

HAY UN REFRÁN QUE DICE: «Prometer y no dar es lo mismo que robar», y es totalmente cierto a mi modo de ver.

Cuando alguien nos ilusiona con algo: un cambio a mejor, un objeto que deseamos... y luego nos deja con las ganas, está siendo un ladrón de nuestras ilusiones.

Y la ilusión es lo peor que se le puede robar a una persona.

Las promesas incumplidas o mal cumplidas nos dejan un mal sabor de boca y nos hacen dudar de la credibilidad de la palabra de quien nos la hizo.

Aunque habría que aclarar que no siempre se produce por una «mala intención» del que promete, porque a lo mejor en ese momento estaba siendo totalmente sincero cuando lo hacía y luego por circunstancias que no dependían de su voluntad no ha podido llevar a cabo lo que ofreció.

Por ejemplo, imaginemos a un marido generoso que le promete a su mujer un regalo magnífico ya que está convencido de que va a ganar mucho dinero porque lo han ascendido.

A la semana siguiente lo despiden por causas totalmente ajenas a él. Y se encuentra de forma inesperada y traumática en el paro.

No va a poder cumplir lo que prometió, pero evidentemente no ha sido por su culpa.

En este caso encaja perfectamente la frase: «La intención es lo que cuenta».

Lo que ya no cuenta tanto es ese tipo de personas que se pasan la vida prometiendo que van a cambiar para luego seguir haciendo lo mismo una y otra vez.

Esto ya se llama de otra manera: «Situación desesperante».

Los «buenos propósitos» son muy fáciles de hacer pero difíciles de cumplir. Pero vayamos por partes, ¿qué es un propósito?

Ante todo es una intención y toda intención es como un motor, aquello que nos impulsa a cambiar y a movernos en una dirección mejor. Pero si sólo tenemos buenas intenciones y nunca pasamos a la acción, jamás nos moveremos del mismo sitio.

Factores que influyen en que un buen propósito no se lleve a cabo:

La pereza.

La falta de constancia.

Alargar el tiempo para empezar a llevarlo a la práctica.

Pensar que eso que hemos prometido «vendrá solo».

Creer que la otra persona «aguantará» una vez más.

La «cara dura».

Mentir descaradamente. Ésta es la peor de todas, porque nos encontramos ante una persona manipuladora que sabe lo que tiene que decirnos para conseguir lo que desea.

Luego jamás cumple su palabra, ¡y lo hace por sistema!

En una pareja hay muchas pequeñas promesas incumplidas y eso no está bien. Jamás hay que ofrecer algo que no vamos a dar.

Por ejemplo, acabo de acordarme de que cuando me iban a operar del tiroides le prometía una y otra vez a mi marido que si todo salía bien NUNCA EN LA VIDA me enfadaría con él. Cuando el médico me dijo que todo estaba perfectamente... a la semana ya me estaba peleando con él (con mi marido, no con el médico) por una tontería.

En verdad no podemos ser ingenuos y esperar cambios bruscos en nuestra personalidad ni en la de nuestra pareja de un día para otro.

PERO SÍ TENEMOS QUE SER HONRADOS CON NOSOTROS MISMOS Y CON LOS DEMÁS.

Y muchas veces no lo somos...

NO CUESTA NADA

HAY REGALOS QUE SE PUEDEN HACER FÁCILMENTE y que además no cuestan ni un céntimo de euro. Sin embargo valen más que todo el oro que llevan encima los cantantes de rap.

Iba a decir «que todo el oro que había en las minas del rey Salomón», pero lo he puesto así porque queda más actualizado y además la cantidad del oro en los dos ejemplos es más o menos la misma.

A estos regalos yo les llamo «caricias mentales» porque nos dejan una deliciosa sensación y, además, tienen el mágico poder de sacar todo lo bueno que hay en nosotros.

A continuación, voy a nombrar algunas de estas «caricias» y podrás comprobar, como ya te he dicho antes, que son muy fáciles de hacer. Sólo hace falta un poco de tiempo, un mínimo esfuerzo y una pequeña porción de voluntad de la buena y, por supuesto, ¡GANAS DE QUERER HACERLO!:

Es una caricia que nos escuchan atentamente, mirándonos a los ojos mientras le hablamos a alguien de aquello que nos preocupa o nos interesa...

Aparte de que lo interpretamos como una clara señal de buena educación, es una evidente muestra de que esa persona tiene interés por lo que le estamos diciendo y por nosotros.

Además, hablar de nuestros sentimientos sentados tranquilamente favorece la convivencia y el trato.

Por otro lado, sería absurdo pensar que porque llevemos mucho tiempo con alguien esto signifique que todo está ya dicho y que por tanto no tenemos que molestarnos en dedicarle de vez en cuando palabras amables y estimulantes.

Las personas podremos cambiar con el paso del tiempo, pero en el fondo necesitamos siempre lo mismo: que nos quieran y nos lo demuestren.

No cuesta nada querer a quien nos quiere bien (por tanto, si la tratamos adecuadamente, a nuestra pareja le resultará muy fácil querernos).

No cuesta nada ser simpáticos, ni quitarle hierro a los asuntos. No cuesta nada levantar el ánimo a quien está hundido, ni sostener al que se acaba de levantar.

No cuesta nada sonreír ni recordar buenos momentos... No cuesta nada construir en vez de destruir...

Y si no cuesta nada..., ¿por qué nos cuesta tanto?

De ahora en adelante deberíamos proponernos seriamente lo siguiente:

Valorar y agradecer cada gesto positivo que nos haga nuestra pareja y no creer que nos lo merecemos todo.

Corresponder a esos gestos amables con otros semejantes o incluso mayores.

El personaje de Mafalda (creado también por Quino) me encanta.

En una de sus tiras humorísticas, Mafalda ve a su hermano pequeño Guille cantando y la escena le enternece, se acerca y le da un beso. Entonces Guille se abalanza sobre ella, la tira al suelo y le da un montón de besos. Se levanta muy ofendido y le dice:

«¡A MÍ A CADIÑOZO NO ME VAZ A GANAD! ¿ME OÍZ?»

Pues eso, que a ti tampoco te gane nadie a cariñoso.

PARA LA CONVALECENCIA, UN SUPLEMENTO DE VITAMINAS

LA VERDAD ES QUE ESTE MUNDO se va pareciendo cada vez más a un videojuego, que a cada pantalla que logramos pasar, le sigue otra aún más difícil. Y así siempre.

Una de las principales dificultades que tenemos que superar es aprender a discernir entre toda la información que recibimos diariamente con cuál nos tenemos que quedar.

Por ejemplo, desde los medios de comunicación los datos que nos llegan son absolutamente contradictorios. Tanto, que uno ya no sabe qué hacer ni con qué carta quedarse.

Tan pronto te dicen que consumas productos de cultivos biológicos (y después de «tragarte» todo el documental y quedarte plenamente convencido de las múltiples ventajas que conlleva una alimentación saludable), como van y te ponen un anuncio de una familia completamente feliz porque están comiendo en un establecimiento de una multinacional de comida rápida en la que encima dan un muñequito por cada menú o ponen una oferta de 2 × 1.

¿Ahora qué hace uno? ¿Elige una comida biológica en casa o ser una familia feliz comiendo todos en cajitas de cartón? ¿Cómo te mirarán tus hijos si no los llevas?

O peor aún, ¿cómo te mirarán los hijos de tu pareja que no son tuyos?, ¿y los que tenéis en común? (es que antes no pasaban estas cosas, pero desde que existe el divorcio y se forman familias nuevas a partir de familias anteriores la dificultad es aún mayor).

¿Qué pensará la madre o el padre biológico (a lo mejor por ser biológico querrá que la comida sea biológica también) si los llevas a esos sitios?

¿Qué pensará si no los llevas?, ¿que eres el colmo de la tacañería y que para un fin de semana que están contigo bien que los podrías llevar a comer a su sitio preferido?

Está claro que, hagas lo que hagas, no acertarás nunca, ¡te lo aseguro!

Esto es sólo en cuanto a la comida, ¿y en cuanto a la educación...?, ¿qué método elegir?...

¡Tener y criar hijos hoy en día es difícilísimo! Primero porque los entendidos no se aclaran en cómo hay que educarlos: hace unos años la teoría que estaba «de moda» era que a los niños... mucha felicidad, mucho diálogo y mucho «todo lo que quisieran porque si no se traumatizaban».

Uno de los psicólogos norteamericanos que se encargaron de promocionar dicha teoría ha pedido perdón públicamente porque ha quedado demostrado que se ha equivocado ¡y de qué manera!

Con tanto mimo, con tanto exceso de atenciones y de juguetes de todo tipo «para que no les faltara de nada, angelitos»..., los hemos convertido en «reyes del no me esfuerzo ni lo más mínimo, que se esfuercen mis padres que para eso están».

Y digo yo, que sólo tengo uno y me cuesta trabajo, si tratar a tu propio hijo es ya hartó difícil, al hijo de tu pareja con otra persona, aún más, ¿no?

Si el título del libro es *¡Quién me mandaría casarme!* muchos podrían decir (y seguro que más de uno lo hará...) ¡QUIÉN ME MANDARÍA CASARME... DE NUEVO!

Los «reincidentes» aún tienen mayores dificultades en esto de llevar una vida en común.

Por eso, para ellos y para todos los demás que gastamos nuestras energías en mantener como podemos la relación que hemos formado, sigamos las indicaciones que nos hacen en ciertos anuncios...

«En estados carenciales tómese este o el otro complejo vitamínico y verá cómo se “viene arriba” (el ánimo, o lo que sea)...»

En realidad, lo dicen más finamente y con más márketing, pero más o menos es así.

Bueno, pues yo no voy a ser menos y voy a recomendar que en estados carenciales (o sea, cuando estemos «faltitos» de cosas buenas en nuestra relación de pareja con o sin hijos propios, de uno solo, de ambos, en común... ¡qué lío!) nos tomemos un suplemento de vitaminas psicológicas.

Pero aquí lo más curioso es que uno se lo debe dar al otro para que haga efecto. Pondré sólo algunos ejemplos.

Espero que el lector use su imaginación y amplíe este «prospecto» todo lo que quiera, que por muy cursi que le pueda parecer en un principio, a la larga es lo único que verdaderamente le servirá para soportar tanta tensión diaria:

VITAMINA A:

Amor

Amistad

Armonía

Alegría

Abrazos

Atención

Aprecio

Apoyo

VITAMINA B:

Bondad

Buenas maneras

Bienestar

Bailar

Besos

VITAMINA C:

Cariño

Calma

Compañía

Colaboración

Caricias

Comprensión

VITAMINA D:

Deseo

Dulzura

Descanso

Diversión

Dedicación

VITAMINA E:

Emociones positivas

Empatía (ponerse en el lugar del otro)

Energía

Encanto

Educación

Etc., etc. (ésta es muy buena porque no tiene límite).

SIEMPRE ESCRIBIENDO

CUANDO ME PEDISTE QUE ME CASARA CONTIGO, la verdad es que no me lo podía creer. En el pueblo había muchas chicas guapas y algunas hasta estudiaban para maestras. Yo no sabía siquiera leer ni escribir y tú eras ya el médico del pueblo.

Mi madre y mis hermanas lo contaban a todas horas y yo me avergonzaba cuando al ir por agua las vecinas me decían:

—¡Niña, te vas a casar con el mejor partido y encima es un buen hombre! ¡Enhorabuena! ¡Dale muchos hijos!

Cinco tuvimos y todos salieron a ti, estudiosos y serios. Nunca me importó nuestra diferencia de edad. Al contrario, me daba seguridad.

Todo era bueno a mi alrededor. He sido una mujer y una madre feliz. Lo único que me molestaba y me dolía era que siempre me insistieras en que aprendiera a leer y a escribir.

Pensaba que te daba vergüenza haberte casado con una analfabeta. Pero los niños me daban mucho trabajo y la verdad es que cuando se dormían yo estaba tan cansada que sólo quería sentarme a coser tranquila y no ponerme a aprender nada.

Mientras yo cosía, tú siempre estabas escribiendo arriba en tu despacho. Me hubiera gustado más que te quedaras conmigo y me contaras tus cosas. Pero nunca te gustó hablar demasiado. Sólo lo justo. Toda tu familia era así, por eso nunca te lo recriminé.

Tu buen comportamiento con los niños y conmigo compensaban con creces tus pocos defectos.

Éramos la admiración del pueblo y yo me sentía muy orgullosa. Pero cada vez que me repetías lo de que aprendiera, todo ese orgullo se me venía abajo y me sentía inferior a todos vosotros.

Empecé a cogerle manía a tus libros y hasta a los de nuestros hijos y cada vez que subías a escribir tus cosas sentía como si me rechazaras por mi falta de cultura y formación.

Los años pasaron así. Y un día sí que me importó nuestra diferencia de edad. Tuvimos que llamar de urgencia al médico del pueblo de al lado. Sus palabras fueron: ya está muy mayor. Y las últimas tuyas: «Por favor, aprende».

El dolor me impidió ofenderme. Hasta el final tuviste que recordarme que no sabía

hacer la o con un canuto.

Pero al pasar algunos años más, me quedé sola en el pueblo. Nuestros hijos hacían su vida en la ciudad y yo ya no tenía nada que coser.

Así que cuando pusieron en la escuela lo de «la educación para adultos» me apunté con varias vecinas más.

¡Lo que nos costó aprender! Pero ¡qué bien nos lo pasamos y cuánto nos reímos en las clases!

Por fin tengo el graduado escolar, ¡quién podía imaginárselo a mi edad!

Por cierto, como hoy en la escuela nos han dado vacaciones, voy a hacer limpieza general y así no me aburro.

Desde que te fuiste no había vuelto a entrar en tu despacho, ni había dejado que nadie lo hiciera.

Creo que hoy sí me siento lo suficientemente fuerte como para poner orden y concierto en esta habitación, ¡que buena falta le hace!

Entre tus libros de medicina me he encontrado con uno escrito de tu puño y letra que dice en la primera página:

Si me pasara algo de forma imprevista, ruego por favor a quien encuentre este libro se lo entregue a mi mujer y que alguien de su confianza se lo lea.

Al pasar a la siguiente hoja me encuentro con estas palabras:

Para ti. Lo más hermoso que me ha pasado en la vida.

Cariño, ya no sé cómo pedirte que aprendas a leer y escribir. ¡Eres muy cabezota! Te pasas las noches cosiendo, cuando lo que yo quisiera es que estuviéramos los dos juntos. Soy mucho más mayor que tú y hace algún tiempo que no me encuentro muy bien. Sé que es algo serio, pero no te diré nada hasta estar seguro. No quiero que te preocupes.

Te quiero más que el primer día. Me has hecho el hombre más feliz de esta tierra y eres la mujer más bonita que he visto jamás. A pesar de mis estudios, mi timidez o lo que sea me impide decirte esto cara a cara, por eso te insisto para que aprendas a leer. Ojalá algún día me hagas caso.

En este libro encontrarás poesías, pensamientos, historias... en fin, todo lo que me hubiera gustado contarte mientras cosías.

Espero que algún día encuentres todo mi amor en lo que he escrito para ti en las dos mil páginas que siguen.

POR FAVOR, RESPONDE A ESTA PREGUNTA

¿CÓMO PODEMOS AGUANTAR A OTRO, cuando hay días en los que no nos aguantamos ni a nosotros mismos? Es muy importante que te des cuenta de lo que esto supone. Porque a lo mejor nuestra pareja es simplemente la que paga las consecuencias de nuestro malestar interior. Y en realidad no ha hecho nada malo, ni bueno, ¡NO HA HECHO NADA!

Seamos muy sinceros:

¿Es o no es verdad que cada vez que intentas dejar de fumar no hay quien te soporte las primeras semanas, o meses?

¿No te parece tu marido alguien totalmente negativo en determinados días del mes?

¿Cómo miras a tu mujer cuando tu equipo del alma ha perdido por goleada o por culpa del árbitro?

¿Cómo llegas a casa cuando tu jefe te ha echado una bronca descomunal?

¿Y después de que te hayan multado o se haya llevado el coche la grúa?

¿Y cuando tu mejor cliente te deja para irse con la competencia que más coraje te da?

¿Cómo estás al día siguiente después de una noche entera sin dormir porque el niño no dejaba de llorar y justo cuando amanece se queda dormido plácidamente en su cuna?

¿Y si alguien te hace algún comentario sobre tu exceso de peso ganado a base de dulces?

¿Cómo te sientes cuando después de haber ido a comprar, haber lavado, pelado, cortado todos los ingredientes, faltan cinco minutos para que pongas la comida... y empieza a salir un humo negro y espeso por la rejilla del horno?

Etc., etc.

Tenemos que ser honestos y reconocer que hay muchos días en nuestra vida que por determinadas circunstancias, o incluso por nada en particular, no nos sentimos a gusto con nosotros mismos. Esos días todo nos parece peor, ¡incluso la persona que vive con nosotros!, pero no es verdad.

Es muy fácil explotar y pagar con otros lo que sólo nos incumbe a nosotros.

Esa adrenalina «mala» no es más que una hormona de TU organismo. No se la intentes transmitir al otro como si fuera un virus.

Controla tu malestar y avisa de cómo te encuentras para que los demás «sepan a qué atenerse» y no aumenten aún más tu enfado interior. Aunque tengas todo el derecho del mundo para sentirte así.

Yo no pretendo quitarte la razón si la llevas. Lo único que quiero «quitarte» es tu enfado.

Corre, pasea, date un baño, lee, escucha música, llama por teléfono..., cualquier cosa que haga de interferencia entre aquello que te ha puesto así de mal y una posible bronca innecesaria.

Y sobre todo... INJUSTA.

TIENE DÍAS

ESTE CHISTE ES MUY ANTIGUO y todo el mundo lo conocerá, pero lo contaré porque me lo ha traído a la memoria el capítulo anterior y encaja perfectamente.

Para celebrar que le había tocado un «pellizquito» en la lotería, la mujer le regala a su marido un reloj de oro carísimo.

El marido lo lleva a la oficina y un compañero le dice:

—¡Vaya reloj más bonito llevas! ¿Es bueno?

—Pues no lo sé, pero creo que sí porque me lo ha regalado mi mujer.

—Para salir de dudas, vamos a bajar un momento a la joyería y así lo sabes seguro.

El joyero lo examina y le da la enhorabuena porque además de ser de oro es de una marca de mucho prestigio.

Mientras en la casa su mujer no para de darle vueltas a la cabeza: «No sé si he hecho bien, un reloj tan caro para ponérselo todos los días para ir al trabajo. Con lo despistado que es se lo puede dejar en el servicio al lavarse las manos...

»Ya sé que haré, compro uno falso igual y éste se lo guardo aquí para días especiales. Total, no se dará cuenta...».

Efectivamente, esa misma noche su mujer le cambia el bueno por el malo.

A la mañana siguiente en la oficina, se le acerca otro compañero y le dice:

—Me ha dicho Pepe que te han regalado un reloj magnífico, déjamelos que me lo pruebe.

—Toma, pero ten cuidado que si se rompe mi mujer me mata.

El compañero, que entendía de relojes, al verlo le dice:

—Oye, no te ofendas, pero si esto no vale nada...

Y bajan de nuevo a la joyería. El dueño les recibe (el que les atendió la mañana anterior tenía el día libre) y dice que no comprende que su empleado les dijera que era bueno, cuando era una falsificación, y de las malas.

Mientras tanto, la mujer dándole vueltas otra vez a lo que había hecho: «Me he arrepentido. No tenía que habérselo cambiado. Para una vez que tiene algo bueno y de calidad, que lo disfrute. Esta noche se lo cambio otra vez y tiro el otro».

A la mañana siguiente el marido se pone de nuevo el que había dejado su mujer en la mesilla, o sea el bueno, y al llegar a la oficina su jefe lo llama para un tema y se fija en el reloj:

—Antonio, no sabía yo que tu sueldo te diera para tanto!

—¡Qué va, pero si es falso, no vale nada!

—Antonio, no mientas, ¡que yo entiendo mucho de relojes!

Esta vez bajan todos los de la oficina, incluido el jefe, para salir de dudas y tanto el dueño como el empleado de la joyería afirman rotundamente que es de oro y carísimo.

Antonio, sin entender ya nada de lo que le estaba pasando, regresa a su casa y se sube en el ascensor con un vecino, que al fijarse en el reloj le pregunta:

—¡Qué bonito! ¿Es bueno?

Antonio responde:

—Pues la verdad es que no lo sé. Tiene días... unas veces sí y otras no...

Pues si un reloj «tiene días», según lo que haga o deje de hacer la pareja que nos toque en suerte...

¡CÓMO NO VAMOS A «TENER DÍAS» NOSOTROS!

PERO ¿QUÉ PRETENDE INTERNET?

YA HE DICHO en otro capítulo que me fastidia todo lo que circula por Internet en contra de las mujeres. También me molesta lo que haya en contra de los hombres, ¡pero yo no se lo mando a todas mis amigas por e-mails como hacen los amigos de mi marido!

Para quien no sepa nada de ordenadores, ni de Internet, ni de e-mails, que no se preocupe, que yo se lo explico:

Un *ordenador* es un aparato que tiene vida propia. ¡Que me lo digan a mí, que hasta le hablo y me peleo con él! Es como una máquina de escribir pero que, de pronto, porque le da la gana te cambia de letra porque sí, o los márgenes, o te borra todo lo que llevas escrito, también porque sí.

De vez en cuando, para hacerte creer que eres su amigo, te aparece en la pantalla un clip con ojos saltones que te dice sonriendo: «¿Necesitas ayuda?», o «Parece que estás escribiendo una carta», pero es mentira. Si caes en la trampa y le pides la ayuda que te ofrece, nunca te la da.

El ordenador sirve para muchas cosas y ahorra mucho papel y cajones.

Internet es como tener todos los kioscos de prensa y revistas (legales o ilegales), todas las bibliotecas del mundo y toda la información que se quiera, pero dentro del ordenador.

También sirve para «chatear» (hablar por escrito) con gente conocida o desconocida que pretende hacer amigos o incluso ligar. Por cierto, casi todos mienten en la edad y en muchas más cosas.

Los *e-mails* son cartas que llegan a través del ordenador pero sin cartero. Algunos de los e-mails que se reciben son útiles y graciosos. La inmensa mayoría son «chorradas» o «guarradas» (con perdón) que se van enviando unos a otros (sobre todo en horas de trabajo).

Los hay de todo tipo y de todos los gustos. Pero me he centrado en los que se refieren a mujeres. No porque sea feminista, sino porque son los que más abundan.

Como muestra, voy a poner uno de los últimos que ha recibido mi marido. Lo he cambiado y resumido un poco para no extenderme, pero básicamente es así.

Desconozco la procedencia y quién se lo ha inventado, aunque si he de ser sincera,

éste es de los más educados. Por eso lo pongo, porque hay otros que... vaya, vaya. Y también por qué no decirlo, porque es muy simpático.

¡Para que luego digan que las mujeres no tenemos sentido del humor! ¡Somos capaces hasta de reírnos de nosotras mismas!

POR ESO SOMOS TAN LISTAS.

Ahí va el e-mail:

REGLAS PARA HACER FELIZ A UNA MUJER

Esto es real como la vida misma. Durante miles de años los hombres nos hemos esforzado duramente en entender el comportamiento de las mujeres; finalmente hemos conseguido crear una guía para comprender cómo funciona todo.

La regla principal es hacer feliz a la mujer, pero no nos engañemos, siguiendo el baremo adjunto:

Si haces una cosa que le gusta, sumas puntos.

Si haces una cosa que no le gusta, se te restarán puntos.

Por supuesto, no sumas ningún punto por hacer algo que ella espera que hagas. (Y si la has acostumbrado a algo y pasa a ser tu obligación tampoco sumas puntos.)

GUÍA DE OBTENCIÓN DE PUNTOS

Tareas del hogar:

Haces la cama...

(5 puntos)

Haces la cama, pero olvidas poner los cojines...

(0 puntos)

Echas el edredón por encima de las sábanas arrugadas...

(-8 puntos)

Dejas la tapa del WC levantada y con «gotitas»...

(-20 puntos)

Cambias el rollo del papel higiénico cuando está acabado...

(1 punto)

Cuando el rollo de papel se acaba y recurres a los Kleenex...

(-5 puntos)

Cuando los Kleenex se acaban y te vas corriendo al otro cuarto de baño a usar el papel que hay allí puesto...

(-10 puntos)

Te manda a comprarle unas medias...

(5 puntos)

En medio de una tormenta...

(8 puntos)

Pero vuelves con una cerveza...

(-10 puntos)

Y sin medias...

(-30 puntos)

Vas a comprobar un ruido sospechoso durante la noche...

(0 puntos)

Vas a comprobar un ruido sospechoso y no es nada...

(0 puntos)

Vas a comprobar un ruido sospechoso y le das un golpe a algo que se mueve...

(10 puntos)

Era su mascota...

(-50 puntos)

En una fiesta:

Estás con ella durante toda la fiesta...

(0 puntos)

Estás con ella un rato y luego te vas a charlar con alguien del grupo de amigos con el que te ves a menudo...

(-20 puntos)

Hablas con alguien que se llama Sindy...

(-40 puntos)

Sindy se dedica al baile erótico...

(-80 puntos)

Y lleva silicona...

(-100 puntos)

Su cumpleaños:

Te acuerdas de su cumpleaños...

(0 puntos)

Le compras un regalo...

(0 puntos)

La invitas a cenar...

(1 punto)

Es un bar y dan un partido...

(-15 puntos)

Es un bar, dan un partido y llevas la cara pintada con los colores de tu equipo favorito...

(-40 puntos)

En el cine:

La llevas a ver una película que le gusta...

(1 punto)

La llevas a ver una película que no te gusta a ti...

(0 puntos)

La llevas a ver una película que te gusta a ti...

(-10 puntos)

Es *Arma letal 5*...

(-15 puntos)

Salen chicas en biquini o sin él...

(-40 puntos)

Tu físico:

Desarrollas un barrigón tipo «cervecero» considerable...

(-15 puntos)

Desarrollas un barrigón considerable y te apuntas a un gimnasio para adelgazar...

(10 puntos)

Desarrollas un barrigón considerable y te conformas con llevar pantalones anchos y camisas hawaianas...

(-30 puntos)

Se te ocurre decir: «No importa, tú también tienes barriga»...

(-500 puntos)

La pregunta trampa: «¿Este vestido me hace gorda?».

Dudas antes de responder...

(-10 puntos)

Respondes: «¿Fmndern?» (ininteligible)...

(-35 puntos)

Respondes: «No, me parece que es tu culo»...

(-400 puntos)

Cualquier otra respuesta que des...

(-50 puntos)

Comunicación: Cuando ella quiere hablar sobre un problema...

Tú la escuchas, mostrando interés...

(0 puntos)

La escuchas durante más de 30 minutos...

(5 puntos)

La escuchas durante más de 30 minutos sin mirar la tele...

(50 puntos)

Empiezas a «oír» la tele y sin darte cuenta le dices «¿Qué es lo que han dicho de Figo?»...

(-70 puntos)

Mientras no para de hablar, se da cuenta de que te has quedado dormido...

(-200 puntos)

Y para demostrar al que hizo este e-mail que el entendimiento es difícil entre todas las personas y no sólo entre hombres y mujeres, ahí va un chiste que también le han enviado a mi marido por Internet (y luego me dice que trabaja mucho):

Está un camarero limpiando la barra cuando entra un cliente y se sienta frente a él:

Camarero: ¿Qué va a ser?

Cliente: Arquitecto.

Camarero: No, hombre, no, que qué quiere...

Cliente: Pues lo de todo el mundo, acabar la carrera, conseguir un trabajo, casarme...

Camarero: No, jopé, de beber, que qué va a tomar...

Cliente: ¡Ah!, perdone, no sé... ¿Qué hay?

Camarero: Pues nada... aquí, ya ve, limpiando la barra...

Este capítulo terminaba así, con este chiste. Pero en esta vida no deja uno de sorprenderse y cuando menos te lo esperas surge la «chispa».

En este caso la chispa ha sido que EL MISMO amigo de mi marido que envió el

anterior va y le manda el siguiente que voy a transcribir (y que conste que él no sabía que yo lo había puesto en el libro, es más, ni siquiera lo conozco).

Como hay que ser justos con todo el que se lo merezca (y en este caso se lo ha merecido), diré lo siguiente: no siempre somos las mujeres las que perdemos en Internet y el mismo que me había hecho creer lo contrario me ha dado una lección de que los hombres a veces también se ríen de sí mismos ¡y eso les honra!

Ahí va, lo copio tal cual está escrito:

COSAS POSITIVAS DE HOMBRES Y MUJERES

¿Estás cansado de la batalla de los sexos?

Los hombres y las mujeres somos diferentes, no hay duda. Pero en vez de centrarnos en las características negativas de ambos, ¿por qué no celebrar los aspectos positivos?

Comencemos por las mujeres:

Las mujeres son apasionadas, amantes y cariñosas.

Las mujeres lloran de alegría.

Las mujeres siempre hacen algo para demostrar cuánto se preocupan.

Nunca se detienen por conseguir lo que creen mejor para sus hijos.

Las mujeres tienen la habilidad de sonreír hasta en los peores momentos.

Saben cómo transformar una simple comida en un agasajo.

Saben estirar al máximo el dinero.

Saben cómo reconfortar a un amigo.

Las mujeres son honestas y leales.

Saben cómo entretener durante horas a los niños.

Las mujeres tienen una voluntad de hierro.

Harán lo imposible por ayudar a quien tiene algún problema.

Las mujeres lloran ante las injusticias.

Saben cómo hacer sentir al hombre como un rey.

En definitiva, las mujeres hacen del mundo un lugar más feliz.

Ahora, los hombres:

Los hombres son buenos para mover objetos pesados y matar a los insectos que se cuecen en la casa.

ME REVIENTA...

PARA HACER ESTE CAPÍTULO he contado con la magnífica colaboración de mis amigos y amigas. Aparte de que son mi mayor fuente de riqueza, también han sido en este caso mi mayor fuente de información.

Desde aquí un enorme GRACIAS a todos ellos. Primero por ser como son y luego por contarme sus experiencias personales. En este caso, lo que les «revienta» de sus parejas.

Lo más curioso es que he llegado a la conclusión de que somos demasiados parecidos. Todos protestamos por las mismas cosas. ¡Otro gran descubrimiento científico: la clonación existe en el gen de las quejas de convivencia!

De toda la información recogida, me he quedado con las que siguen a continuación porque son las más generales y seguro que encuentras alguna en la que te veas reflejado. Pensé en un primer momento clasificar la siguiente «lista» por situaciones, o por las distintas habitaciones de la casa, pero he preferido ponerlo así, todo entremezclado para hacerlo más ameno y menos formal.

Quiero repetir lo que dije al principio del libro para que quede bien claro: aquí da igual el sexo al que pertenezcas.

Lo pongo tal y como me lo han dicho, en otras casas puede que sea al contrario. He sido totalmente justa: he puesto exactamente un cincuenta por ciento de unos y otros.

Y cómo se nota que los tiempos han cambiado. Muchas de las quejas que parecen femeninas me las ha dicho un hombre, y al revés, muchas de las que parecen masculinas me las ha contado una mujer.

¡EMPEZAMOS!:

Me revienta...

- Que a todo lo que hago le ponga un «pero».
- Que repita las cosas cuarenta veces.
- ¡O que yo le repita las cosas ochenta veces y siga sin enterarse!
- ¡Y al día siguiente vuelta a empezar con lo mismo!
- Que siempre esté protestando por algo... ¡o por todo!
- Que mire la televisión mientras le estoy hablando.
- Que desordene la casa.
- Que no lleve la ropa sucia a la lavadora ¡NUNCA!

- Que tenga tan pocos detalles.
- Que sea tan impaciente.
- Que me «confunda» con un mando a distancia (ven, trae, pon, lleva, compra...).
- Que el día que tiene ganas de «liarla»... ¡la líe!
- Que me quite autoridad delante de los niños.
- Y hablando de niños... que todo lo bueno que tienen nuestros hijos sea de su familia y todo lo malo de la mía, ¡qué casualidad!
- Que se crea que ha nacido para que le sirvan.
- Que siempre se esté comparando con los que están mejor.
- Que se apodere del mando de la televisión.
- Que se pase todo el rato haciendo *zapping*.
- Que sea tan amable fuera de casa y en cambio dentro...
- Que siempre tenga una preocupación, o dos, o tres...
- ¡Que me diga que no ronca!
- Si regaña a los niños es que estoy histérica, si lo hace él, los está educando.
- ¡Que me grabe para demostrarme que ronco!
- Que no me pase ¡ni una!
- Que me diga constantemente que los hombres somos incapaces de hacer dos cosas a la vez.
- Que se burle o critique a mis amistades.
- Que de un grano de arena haga una montaña.
- Que deje de hablarme después de un enfado, o que sólo lo haga a través de «indirectas».
- Que llegue a creerse sus propias mentiras.
- Que «pague» con nosotros si algo no le va bien en el trabajo.
- Que ponga los pies fríos sobre los míos cuando se mete en la cama.
- Que nunca le hagan gracia mis chistes.
- Que siempre esté hablando por teléfono.
- Que cuando discutimos me tenga que «recordar» todos y cada uno de mis defectos y los de mi familia.
- Que me pida que la lleve a cualquier sitio y pretenda que aparque JUSTO en la puerta.
- Que chupe la cucharilla de la mermelada y la vuelva a meter en el bote una y otra vez.
- Que al empezar a hablarle haga gestos y expresiones con la cara como diciendo: «¡Qué pesadez, a ver qué me va a decir esta vez!».
- Que tenga tantas «manías».
- ¡Que me diga que su equipo ha perdido porque yo he visto el partido!
- Que se preocupe más por los demás (sobre todo por su familia) que por nosotros.
- Que beba directamente de la botella.
- ¡Que se queje tanto cuando está malo!
- Y si estoy yo, siempre le duele algo parecido o cerca de la zona (¡como si yo no me pudiese poner mala sola y él me tuviera que «acompañar»).

- Que siempre diga «no» antes de saber lo que le voy a decir.
- Y si logro decirle lo que quería «nunca tiene tiempo».
- Que a la frase de... «se me han perdido las gafas» le sigan cinco personas buscándolas por toda la casa.
- Que se bañe dos veces seguidas, una en la ducha y otra en colonia.
- Que esté plenamente convencido de que su única obligación es traer dinero a casa.
- Que MATEMÁTICAMENTE me llame cuando empieza algo interesante en la tele.
- Que se queje constantemente y si lo hago yo me diga «que no es para tanto».
- Que se crea imprescindible.
- Que si algo sale mal, tenga que oír a continuación: «¡Te lo dije!», o «¡Lo sabía!».
- Que deje la cocina como si hubiera venido un equipo entero de fútbol a comer y si le digo algo conteste: «¡Encima que he hecho la comida!».
- Que diga: «Te he hecho la cama» (donde dormimos los dos). «Te he tendido la lavadora» (y toda la ropa era suya). «Te he lavado los platos» (como si los platos fueran míos).
- Que grite: «Dile a tu hijo que es un esto o lo otro, o que haga aquello...» (si tiene al niño delante y también es suyo).
- Que mientras estoy comiendo me diga todos los ingredientes que lleva el plato con sus correspondientes cantidades y su forma de preparación.
- Que se duerma con la tele puesta, me levante a apagarla para que descansa mejor y entonces se despierte como si tuviera un resorte y se enfade conmigo por habérsela apagado.
- Que me diga después de muchos días...: «¡Pero si hace nada que te di dinero...!».
- Que no tire de la cisterna, se lo comente y a pesar de la «evidencia» conteste... «¡Pero si yo he tirado!».
- Que cada vez que se lava los dientes: apriete el tubo por la mitad, salga la pasta y la recoja con un «lametón», llene el espejo y el lavabo al enjuagarse, y para finalizar nunca cierre el tubo quedándose así un «pegotito» seco en el exterior, que siempre tenemos que quitar los demás.
- Que coma pipas haciendo ruido al tirar las cáscaras.
- Que me pase más de tres horas en la peluquería, me cambie el color del pelo y el corte y al llegar a casa ni se dé cuenta.
- Que «retransmita» como si fuera «radio macuto» todo lo que va a hacer o le queda por hacer.
- Que ella pueda llamar todas las veces que quiera a su madre o a su familia y si lo hago yo «es que me tienen controlado y dominado» (y hacía más de un mes que no hablaba con ellos).
- Que SIEMPRE Y POR SISTEMA me pida algo cuando me estoy yendo.
- Que me diga: «... Esta noche prepárate... que... ya sabes...», me «prepare» y luego esa noche ¡NADA DE NADA!
- Que todas las «semanas» haya que hacer la compra del «mes».
- Que llene el carro del supermercado con ¡«chuminás camperas»! O sea: las salsas

- más extrañas, los postres más desconocidos, golosinas... en fin, todo aquello con lo que al llenar la despensa no se puede hacer de comer ¡ni queriendo!
- Que por mucho que me duela algo, encima tenga que oír: ¡Parir sí que duele!
- Y eso no es lo peor, lo peor es que a continuación me cuenta por millonésima vez: que si lo de las contracciones, lo que tardó en dilatar, la de puntos que le dieron...
- Que me pida que la acompañe a comprar, tarde horas en decidirse por una prenda en particular, tenga al dependiente al borde de la histeria y al final cuando saco el dinero para pagar diga: «Bueno, no, déjelo, no estoy muy convencida, ya volveré otro día».
 - Que me diga lo que me tengo que pedir cuando vamos a un restaurante.
 - Que me llame treinta veces por teléfono cuando hace diez minutos que nos hemos visto.
 - Que cuando está en la cocina no se seque las manos y gotee todo por el suelo y pise por encima dejando la marca de sus huellas.
 - Que me obligue a comer más de lo que me apetece porque el plato que ha cocinado le ha costado mucho trabajo.
 - Que se acueste con el pijama «anti-lujuria» (ése con el que se te quitan las ganas de «todo»).
 - Que me llame al móvil y me diga: «¡Anda, pues ahora no me acuerdo de lo que te iba a decir, pero importante tenía que ser porque si no no te hubiera llamado!».
 - Que se esté quedando dormida en el sofá del salón y para que no le duela la espalda, le digo que se vaya a la cama, y... «¡pero si estoy despierta!», yo insista por su bien y al final acabe discutiendo conmigo por algo que he hecho con la mejor intención.
 - Que me diga: «¿Acaso te digo yo a ti lo que tienes que hacer?» cuando PRECISAMENTE es eso lo que hace a cada momento.
 - Que siempre tenga algo importante que decirme cuando estoy en el cuarto de baño. O que entre sin llamar. Es más, casi todas las reuniones familiares se celebran allí. Y si no le abro, que no pare de hablar ¡a través de la puerta!
 - Que me diga: «Tráeme “eso”, sí, “eso” que está encima de “aquello”...», y yo con esos datos tan «precisos» tenga que adivinar lo que es porque si no se enfada.
 - Que me regale algo y a continuación me diga lo que le ha costado.
 - Que dé mucho mérito a todo lo que hace, y si yo hago lo mismo, no tenga ninguna importancia.
 - Que me diga: «¿Por qué compras galletas y chocolate si sabes que me las como?».
 - Que cada vez que estoy hablando por teléfono venga a decirme algo «importantísimo» y tenga que interrumpir la conversación con la otra persona.
 - Que sea tan dominante.
 - Que empiece de «bromitas» con los niños y al final acaben peleándose en serio.
 - Que cuando se enfada conmigo se vaya tan al borde de la cama para no rozarse, que un día se va a caer al suelo y me voy a morir de risa.
 - Que por su culpa lleguemos tarde a todos los sitios.

- Que quiera ponerse a última hora JUSTO lo que no está planchado.
- Que llamen al portero automático y antes de que yo llegue a abrir, me pregunte: «¿Quién es?».
- O bien que suene el teléfono y grite desde el cuarto de baño: «¡Cógelo que es para ti!».
- Que en medio de una discusión suelte: «Lo tuyo no es de psicólogo, lo tuyo es de psiquiatra».
- Y etc., etc., etc., etc.

Sería ideal que a pesar de esta lista pudiéramos al final el estribillo de esta canción (con música y todo):

«No debía de quererte... No debía de quererte... Y sin embaaargooo... TE QUIEEEROOO...»

LA PULSERA

LO QUE VOY A CONTAR ME PASÓ hace algunos años y aunque pueda parecer poco creíble doy mi palabra de honor de que es completamente cierto.

Debo de ser una mujer muy rara porque no me llaman la atención las joyas. Me gusta verlas y algunas me parecen muy bonitas, sin embargo me da igual que sean mías o no. Tampoco soy tonta del todo, cuando alguien me regala una evidentemente me encanta y la valoro en todos los sentidos.

Pues bien, mi marido me regaló una pulsera de oro con esmeraldas y brillantes no excesivamente cara, pero sí preciosa estéticamente. Me encantaba. La llevaba siempre puesta en la muñeca derecha.

A pesar de verla todos los días nunca dejaba de gustarme y la miraba muy a menudo, como si fuese un ritual de control de que permanecía junto a mí.

Una mañana, yendo hacia mi consulta sobre las nueve más o menos, no noté nada. Pero al terminar a las dos de la tarde al mirarme de forma espontánea la mano, vi que no la tenía. Me iba a dar algo, había perdido mi pulsera; la busqué por si acaso se me había caído en la consulta, pero nada.

En aquel momento yo estaba en calle Larios, que es la calle principal de Málaga y por tanto una de las más transitadas, y cuando a las dos y media me dirigía hacia mi casa triste por haberla perdido...

Me ocurrió algo totalmente asombroso:

Al mirar en una esquina de un escaparate en el suelo de la calle, ¡estaba allí! ¡No me lo podía creer!

¿Cómo era posible que hubiera estado cinco horas y media y nadie salvo yo se la hubiese encontrado?

La cogí con una alegría inmensa (me dieron ganas hasta de darle un beso, pero como soy tan escrupulosa y en el suelo de una calle hay muchos gérmenes, me contuve).

Hasta llegar a mi casa todo el que me viera seguro que pensaba que yo era... no sé (es que no se me ocurre cómo definirme), algo raro o por lo menos poco visto: una mujer sonriendo de semejante manera y andando sola por la calle... La verdad es que es una imagen que no se ve todos los días.

A lo mejor alguien puede pensar que no era para tanto, pero a mí me parece que sí.

Recuperar algo que quieres y que creías perdido para siempre es una sensación muy bonita y muy agradable.

Estuve con la sonrisa congelada (como los dibujos animados japoneses) lo menos dos días y por supuesto contándoselo a todo el que se dejaba.

Lo primero que pensé después de lavarla minuciosamente es que tenía que ponerle un cierre de seguridad para que no se me perdiera más.

A la mañana siguiente me la puse ¡y como siempre tiene uno tantas cosas que hacer!, lo del cierre de seguridad lo fui aplazando.

Transcurrieron cuatro meses más o menos y del cierre ya no me acordaba apenas, hasta que un día al ducharme me di cuenta de que no la tenía.

¿Pueden imaginarse la de insultos, tacos y palabrotas que me dije a mí misma por no haberla cuidado como debía?

Me vestí corriendo y bajé a la calle por si acaso volvía a ocurrirme lo de la primera vez, pero en el fondo estaba convencida de que eso era imposible y que la había perdido para siempre por mi mala cabeza.

Por eso, cuando la vi en medio de la calle (esta vez era en la calle donde vivo), con toda la gente que pasaba (y sobre todo con toda la gente que había pasado desde que se me cayó) ¡y que otra vez la había encontrado sólo yo!... me pareció algo mágico (con lo escéptica que soy para todo), algo que me quería decir no sé qué.

Cuando subí y le conté a mi marido que la había encontrado de nuevo, le pareció increíble y me dijo que esta vez aprendiera bien la lección y que a la mañana siguiente sin falta le pusiera de una vez el dichoso cierre de seguridad.

¿Creen ustedes que se lo puse? Pues no. Me confié de nuevo y lo fui aplazando, y además estaba convencida de que era una especie de «pulsera boomerang»: aunque se me perdiera yo siempre la encontraría de nuevo.

Por eso cuando seis meses después al ir a comer me di cuenta de que no la tenía... ni me preocupé, pensé que más tarde o más temprano aparecería, pero esta vez no fue así.

Busqué en todos los rincones. Pero nada. Llamaba todos los días a objetos perdidos y la describía una y otra vez. El señor se reía amablemente y me hacía ver que era muy difícil que alguien «entregara» un objeto así.

Me llevó un tiempo asumir que la había perdido definitivamente.

Hoy he comprendido con total claridad el mensaje que quería enviarme mi pulsera: que lo contara en mi libro y que los lectores y yo aprendamos que cuando queremos algo de verdad no podemos confiarnos a la suerte.

Que traslademos esta enseñanza a nuestra relación de pareja y que por mucho que nos moleste lo que haga o lo que diga en ocasiones, si de verdad queremos estar con esa persona no la descuidemos y pensemos seriamente que algún día podemos perderla para siempre por haber ido aplazando el ponerle el mejor cierre de seguridad que existe: NUESTRO CARIÑO.

M.^a José Zoilo Guzmán (Málaga, 1962) se licenció en psicología en la Universidad de Granada. Además de su consulta privada de psicología clínica, a la que se dedica desde 1985, es asesora de diversas empresas y organismos públicos, imparte cursos y conferencias y es colaboradora habitual en medios de comunicación. Ha publicado varios libros de autoayuda, entre los que destacan *No te alteres* y *¡Quién me mandaría casarme!*

Edición en formato digital: julio de 2014

© 2002, María José Zoilo Guzmán

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Ilustración de la cubierta: © Sabala

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9062-365-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

¡Quién me mandaría casarme!	2
Antes de nada pido perdón	5
Sigo pidiendo perdón	7
El secreto de la felicidad	11
La importancia de un signo ortográfico	13
¿Quién pasea a quién?	15
Austacia	17
Ni tú eres Heidi ni yo soy Pedro	20
El peso de la pluma azul	22
Jamás estarás a salvo	24
Yo, mí, me, conmigo	27
¿Y dicen que la vida es un misterio?	29
Poeta al fin y al cabo	31
Mamíferos extraños	35
Al que nace para martillo...	38
Cada día lo tengo más claro	46
¿Y cómo diferenciar?	49
Prometer y no dar...	51
No cuesta nada	53
Para la convalecencia, un suplemento de vitaminas	55
Siempre escribiendo	58
Por favor, responde a esta pregunta	60
Tiene días	62
Pero ¿qué pretende Internet?	64
Me revienta...	70
La pulsera	75
Biografía	78
Créditos	79